GALERÍA DRAMÁTICA

DE

MANUEL P. DELGADO

COMPRENDE

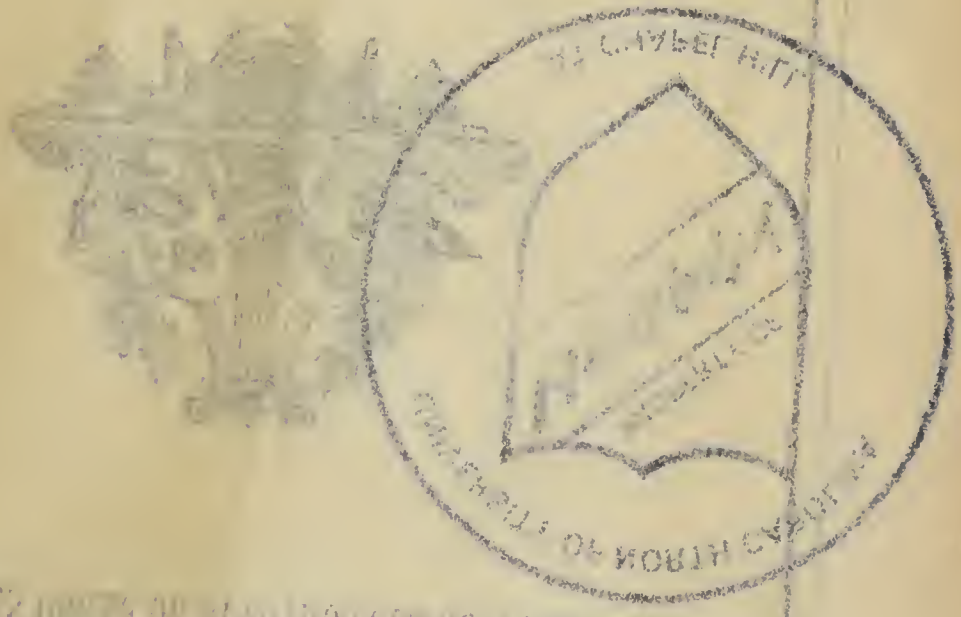
LAS MEJORES OBRAS DE NUESTROS CLÁSICOS MODERNOS

UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA
PROPERTY OF
LIBRARY
AT CHAPEL HILL

OFICINAS

PLAZA DE LA INDEPENDENCIA, NÚM. 9, PISO PRIMERO

MADRID



MANUEL DE DEFENSE

SF
BMO
PQ6217
.T442
v.86
no.1-6

Á MUERTE Ó Á VIDA

Ó

LA ESCUELA DE LAS COQUETAS

COMEDIA EN TRES ACTOS

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. VENTURA DE LA VEGA

Esta comedia ha sido aprobada para su representación por la Junta de censura de los teatros del Reino en 22 de Abril de 1849.

M. P. D.

LIBRERÍA DE CUESTA
CARRETAS, 9
MADRID

MADRID:
ESTAB. TIP. DE LOS SUCESORES DE CUESTA
Calle de la Cava-alta, núm. 5.
1890.

714445

PERSONAS	ACTORES
Don Valentín	Don José García Luna.
El general Bernal.....	Don Julián Romea.
Don Fernando de Lara....	Don Florencio Romea.
Don Luis Roldán.....	Don José Díez.
La Duquesa del Puerto....	Doña Matilde Díez.
La Marq esa de Estepona.	Doña Jerónima Llorente.
Doña Isabel.....	Doña Concepción Valero.
Doña Angela.....	Doña Teodora Lamadrid.
Juana	Doña Manuela Sierra.
Dos lacayos.....	Don Lorenzo Paris. Don Juan Fernández.

La escena es en Madrid.

Esta composición pertenece á la Galería Dramática que comprende los teatros moderno, antiguo, español y extranjero, y es propiedad de su editor, *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino, ó en los liceos y demás sociedades sostenidas por suscrición de los socios, con arreglo á la ley de propiedad intelectual de 10 de Enero de 1879 y publicada en la *Gaceta* del 12 del propio mes y año.

ACTO PRIMERO

El teatro representa una sala en casa de la Duquesa, adornada con lujo y elegancia: puerta en el foro y laterales: balcón á la derecha: á la izquierda, en primer término, una chimenea, y encima un espejo.

ESCENA PRIMERA

DOÑA ISABEL, DON LUIS, LA MARQUESA, LA DUQUESA y DON FERNANDO

(Al levantarse el telón están sentados, oyendo á D. Fernando, que acaba de leer un artículo de periódico.)

ISABEL. ¡Qué relación tan interesante!

LUIS. ¡Gran temple de alma debe tener!

ISABEL. Y vea usted, nadie lo diría al verlo.

MARQ. ¿Y qué es lo que ha hecho ese buen hombre?

LUIS. ¿Pues no lo ha oído usted, Marquesa?

MARQ. No: nunca atiendo cuando leen esos periodiquillos en que se elogia á cualquiera por la más mínima cosa.

LUIS. Poco á poco, Marquesa: el general Bernal no es un cualquiera.

MARQ. ¿Pues quién fué su padre?

LUIS. Alguno lo sería: pero aquí no se trata de su padre, sino de él: de un joven que empezó de nada la campaña, y ganó en los combates el grado de general, excitando el asombro de todos con esos hechos extraordinarios de valor que acabamos de oir... y que no son mínima cosa, como ha di-

cho usted. El general Bernal es uno de esos hombres superiores que, en su corta edad, imponen respeto y admiración.

ISABEL. ¡Y qué trato el suyo! ¡Qué comedido! Qué amable! No solamente se distingue como militar, sino como hombre de sociedad. Pregúntenselo ustedes á mi hermana, á la cual no dejaba de visitar un solo día hasta que se marchó.

MARQ. Es verdad: ahora me acuerdo que entre las gentes de nuestra clase se ha hecho muchas veces conversación de esa extraña intimidad. ¿Será cosa, sobrina, de que cuentes entre tus infinitos adoradores á ese advenedizo?

FERN. (Aparte.) ¡Qué oigo!

MARQ. ¿Le has dado pie para que ponga los ojos en tí?

DUQUES. Tía, confieso que la nobleza de su carácter, el encanto de su conversación... me han hecho tratarlo con particular aprecio.

MARQ. ¡Ya!... ¿Halagaba tu vanidad hacer la conquista de uno de esos hombres que tienen opinión de invulnerables, y despiertan la curiosidad pública por sus hazañas en la guerra?... Bien: eso pase. ¡Pero cuidado!...

DUQUES. (Sonriendo.) ¿De qué, tía?

MARQ. ¿Cómo de qué? Eres Duquesa, viuda y rica; eres la reina de nuestra sociedad...

DUQUES. ¡Tía!...

MARQ. Pregunta lo que decían de tí la otra noche en el baile de la Condesa. ¡Oh! ¡Los elogios no tenían fin! «No la hay más hermosa, más discreta ni más inexpugnable que la Duquesa del Puerto... (decían todos). Flechar á cuantos ve, y mantenerse fría: esa habilidad nadie la tiene sino ella.»

FERN. (Aparte.) ¿Es posible?

DUQUES. A la verdad, tía, esos elogios...

MARQ. ¡Los mereces, eso sí! ¡Pero cuidado, repito! Mira que ese trono en que te has sentado es muy resbaladizo; y esos hombres tenaces, como el general Bernal...

DUQUES. (Sonriendo.) Se estrellan, como otro cualquiera, en la voluntad de una débil mujer.

MARQ. No digo que no; ¡pero bueno será que estés en guardia! —Yo me acuerdo que una vez, en tiempo del príncipe de la Paz...

DUQUES. ¿Qué la sucedió á usted, tía?

MARQ. (Levantándose, y también los demás.) Nada: no hablemos de lo pasado. Lo que te interesa es lo venidero. Sería muy ridículo que nos introdujeras en la familia un excelencia de mochila.

ISABEL. ¡Oh! Mi hermana no piensa en volver á casarse.

MARQ. ¡Y hace muy bien! Pero ten presente, sobrina, lo que siempre te he dicho. Estos militares de ahora, infatuados con sus cruces y sus glorias, ¡tienen un modo tan brusco de enamorar!... Ya se ve, acostumbrados á tomar baterías...

DUQUES. ¡Pero, tía, si el sujeto de que hablamos se ha marchado hace un mes... y Dios sabe si volverá!

MARQ. Tú coquetea con él enhorabuena, si así te diviertes; ¡pero guarda tu corazón! Ea, adiós, hija mía; estoy de guardia en el cuarto de la reina, y ya es hora: nos veremos esta noche en el baile de la embajada. No olvides mis consejos.

DUQUES. Le doy á usted gracias, tía.

MARQ. ¿Luisito se quedará un rato al lado de su futura?

LUIS. Tengo precisamente que hacer; pero la Duquesa me permitirá volver á acompañarlas al baile. Isabel me ha ofrecido el primer rigodón.

ISABEL. Veremos.

MARQ. (Riendo.) ¡Hola! ¡Veremos! ¡Ah, ah, ah!... Luisito, déme usted el brazo. (Todos se van por el foro, excepto la Duquesa y don Fernando.)

FERN. (Aparte mientras la Duquesa los despide.) ¡La visitaba todos los días el general Bernal!... ¡Oh! Es preciso que ella se explique.

ESCENA II

LA DUQUESA y DON FERNANDO

DUQUES. ¡Ah! ¿Usted se queda, señor don Fernando?... Lo celebro, para darle á usted de nuevo las gracias.

FERN. ¿De qué, señora?

DUQUES. De la suma amabilidad que ha tenido usted en leernos ese artículo que elogia al general Bernal por sus proezas.

FERN. Usted lo deseaba, señora; y ya sabe usted que sus menores deseos son mandatos para mí.

DUQUES. ¡Hola! No lo sabía; pero me alegro de saberlo.

FERN. Y le confieso á usted que la lectura del artículo, y los comentarios á que ha dado lugar, han despertado en mí reflexiones muy tristes!

DUQUES. ¿De véras?

FERN. ¿Será cierto que el general Bernal la ama á usted, señora?

DUQUES. ¡La pregunta no deja de ser extraña!

FERN. ¡Oh! ¡Dígnese usted contestarme á ella: yo se lo ruego!

DUQUES. ¿Contestar?... Dificilillo es. Además, ¿qué interés puede usted tener en ello?

FERN. ¡Qué interés! ¿Ignora usted lo que pasa en mi corazón?

DUQUES. Nunca me he tomado el trabajo de averiguarlo.

FERN. ¡Cómo! Mis miradas, mi conducta desde el día que tuve la dicha de ver á usted por la primera vez, ¿no se lo han dicho?

DUQUES. En primer lugar, yo no me pico de entendida en interpretar miradas; y luego, ¿qué tiene de particular su conducta de usted? Usted es rico, de buena familia: vino usted á Madrid; Luisito, el novio de mi hermana, le presentó á usted en casa, yo le recibí con la amabilidad que acostumbro, usted gustó de mi trato, tuvo por conveniente dilatar su permanencia en la corte, y me hace el

honor de visitarme á menudo: ¿qué quiere usted que vea en esto de extraordinario?

FERN. ¡De extraordinario, nada, Duquesa!... ¡Es verdad!... ¡Porque el que la ve á usted una vez, no tiene ya fuerzas para ausentarse!

DUQUES. Esa es una galantería muy bien dicha: gracias, Fernando.

FERN. Pero ha de saber usted, que cuando vine de Valladolid estaba en vísperas de casarme.

DUQUES. ¿Y qué?

FERN. Negocios de interés me obligaron á hacer este viaje; una joven que yo amaba... que creía amar á lo menos, había recibido mi promesa, y aguardaba con ansia mi vuelta... Pues bien, yo he escrito que mudaba de parecer, que faltaba á mis juramentos.

DUQUES. Ha hecho usted mal.

FERN. ¡Es que la ví á usted, Duquesa!

DUQUES. ¡Cómo! ¿Pues qué, mi presencia es remedio contra casamientos?

FERN. ¡Sí, contra otra que no sea usted!

DUQUES. ¡Pues, amigo, si me he de casar con todos los que se aficionan á mi trato, dígole á usted que es obra!

FERN. Pero usted no ha podido ignorar este sacrificio que yo la hacía de un porvenir seguro á una remota esperanza; sus miradas de usted, su acogida, sus expresiones... todo parecía mandármelo.

DUQUES. No me acuerdo de haberle dicho á usted una sola palabra de todo eso.

FERN. Es verdad, señora, usted no me lo ha dicho; pero yo he creído leer en sus ojos...

DUQUES. ¿Dónde dice usted que ha vivido hasta ahora?

FERN. En Valladolid, señora.

DUQUES. ¡Ya...! ¡Pues eso es!

FERN. ¿Con que sacamos en limpio que aquellas tiernas miradas, que hacían palpitar mi corazón; aquellas dulces expresiones, que me alentaban á quedarme al lado de usted... todo ello no era más

que un juego? ¿Era verdad lo que decían aquí hace un instante? ¿Se complace usted en destrozar corazones y permanecer insensible? ¿En encender con una mirada, y apagar con una palabra, las ilusiones de cuantos se acercan á usted...? ¿Esa es su diversión de usted? ¿Y con el general Bernar habrá usted hecho antes, sin duda, lo que ahora conmigo?

DUQUES. Si la falta de mundo y los pocos años no merecieran alguna indulgencia, ¿sabe usted que debería enfadarme?

FERN. ¿Enfadarse?

DUQUES. Sí, señor, porque yo no le he dado á usted nunca derecho para hacerme semejante interrogatorio, y menos para dirigirme cargos.

FERN. ¡A! ¡Duquesa...! ¡Por Dios, no se burle usted de mis tormentos! ¿Cómo es posible que no haya usted adivinado el secreto de mi corazón...? ¡Este sacrificio que he hecho, usted ha tenido el arte de imponérmelo sin decir una palabra; usted me daba esperanzas, y ahora averiguo que al mismo tiempo se las daba también al general...!

DUQUES. ¿Volvemos...?

FERN. Y, para mayor crueldad, me elige usted á mí para que lea la relación de sus hazañas.

DUQUES. (Sonriendo.) ¿Pues qué, no le ha interesado á usted esa lectura?

FERN. Tengo bastante nobleza, señora, para admirar el mérito, aunque sea en un rival.

DUQUES. Eso le hace á usted mucho honor.

FERN. En fin, acabemos: pronuncie usted. Si no me he engañado, el general la ama á usted. Pues bien, ¿cuál de los dos puede esperar correspondencia?

DUQUES. ¿Y qué diría usted si le respondiese: ni el uno ni el otro?

FERN. Nada, señora; ¡saldría de aquí para no volver más!

DUQUES. Eso sería otra locura.

FERN. Diga usted que sería el primer paso que diera en razón.

DUQUES. (Con coquetería.) ¡Es usted un niño!

ESCENA III

DICHOS y DOÑA ISABEL

ISABEL. ¡Clara! ¡Clara! La modista está en tu cuarto; ¡trae cosas lindísimas!

DUQUES. ¡Ah! Voy allá.—Usted me dispensará, Fernando; ya ve usted que se trata de un negocio muy importante.

FERN. Sí, señora; estoy convencido de que no me queda más arbitrio que retirarme.

DUQUES. Nos veremos esta noche en el baile de la embajada; tengo presente que le he ofrecido á usted el primer rigodón.

FERN. Señora, no sé si...

DUQUES. ¡Oh! Es un compromiso; no me dé usted chascó.—Seguiremos la conversación.—Hasta la noche, Fernando.

FERN. Pero...

DUQUES. (Con tono afablemente imperioso.) Hasta la noche.

FERN. (Con tono sumiso.) ¡Hasta la noche! (La Duquesa se va por la izquierda. Don Fernando por el foro.)

ESCENA IV

DOÑA ISABEL

ISABEL. ¡Qué cara lleva!... La misma que le he visto poner mil veces al general Bernal al despedirse de mi hermana. ¡Es cosa singular! Cuanto más los hace rabiar, más rendidos los tiene. Vaya, parece que ese es el mejor medio de hacer que nos amen... Será preciso que lo ponga yo en práctica. Ese Luis... me quiere, sí; ¡pero es tan calmoso!... ¡tan frío!... parece que está tan satisfecho siem-

pre, tan seguro de mi amor. ¡A todo dice *amén!*... Nunca tenemos una riña... por consiguiente, nunca tenemos que hacer las paces... ¡Eso es una sosería!

LACAYO. Señorita Isabel, ahí está una joven que quiere ver á V. S.

ISABEL. ¿Una joven?

LACAYO. Aquí ha escrito su nombre. (La da un papel.)

ISABEL. ¡Qué veo! Dila que entre al instante. (Váse el Lacayo.) ¡Angelita en Madrid! ¡Es posible!...

ESCENA V

DOÑA ISABEL y DOÑA ÁNGELA

ANGELA. ¡Isabel!... ¡Cuánto gusto tengo en verte!

ISABEL. ¡Pues y yo! ¡Abrazar á mi mejor amiga!... ¿Desde cuándo estás en Madrid?

ANGELA. Ocho días hace que llegué con mi papá.

ISABEL. ¡Y hasta hoy no has venido á verme!

ANGELA. Perdona, Isabel, no ha sido culpa mía: apenas llegamos cayó en cama papá, y he tenido que estarme en casa cuidándole.

ISABEL. Ya. ¿Y dónde vives?

ANGELA. En la misma casa del general Bernal.

ISABEL. ¿De veras? Pero él no está en Madrid.

ANGELA. Hoy mismo debe llegar: es íntimo amigo de papá; han sido compañeros de armas. En casa vivía en Valladolid, y allí le dejamos á nuestra salida.

ISABEL. ¡Qué hombre tan amable y tan bueno! ¿Verdad, Angelita?

ANGELA. Sí: ya sé que tú le conoces: él nos hablaba continuamente de tu hermana la duquesa. Y si te he de decir la verdad, allá se nos ha figurado que el general...

ISABEL. (Con misterio.) Y habéis adivinado.

ANGELA. Pero también hemos creído notar que ese amor no le hace feliz.

ISABEL. ¡Y qué quieres! ¡Eso se ve con mucha frecuencia!

ANGELA. (Suspirando.) ¡Á quién se lo cuentas, Isabel!
ISABEL. ¡Cómo! ¿Lo sabes por experiencia?
ANGELA. ¡Sí, amiga mía!
ISABEL. ¿Es posible?... Cuéntame... cuéntame...
ANGELA. Ya te contaré... Por ahora baste decirte que estaba para casarme, que mi novio tuvo que hacer un viaje á Madrid, y que al mes de estar aquí escribió que renunciaba mi mano, porque ciertas reflexiones muy serias le decidían á faltar á sus promesas.
ISABEL. ¡Vea usted! No se debía permitir viajar á los novios.
ANGELA. ¡Ya te harás cargo de lo que sería para mí este golpe! Mi pobre papá para distraerme me trajo á Madrid... donde, por desgracia, he estado de enfermera desde que llegué; pero por fin he aprovechado este ratillo, en que salí á compras con la doncella, y he venido á verte.
ISABEL. ¡Qué bien has hecho! Ya verás Angelita, cómo entre todos logramos hacerte olvidar ese pícaro lance. Y aquí en Madrid... ¿quién sabe?... puede que halles otra cosa mejor.
ANGELA. ¡Qué! Si dicen que en la Corte no es donde se ha de buscar la constancia.
ISABEL. Pues digo, en las provincias... ¡traslado á tí!
ANGELA. ¡Por seguir la moda!
ISABEL. ¿Y no sospechas el motivo de la infidelidad de tu novio?
ANGELA. Estoy segura de que me ha sacrificado á alguna nueva pasión.
ISABEL. ¿Sí? Pues es preciso que hagamos por vengarte.— Aquí verás jóvenes de lo más amable y más elegante... y podrás escoger entre todos... ¡excepto uno!
ANGELA. ¿Cuál?
ISABEL. El que se va á casar conmigo.
ANGELA. ¡Calla! ¿Te casas?
ISABEL. Sí; con don Luis Roldán; un joven muy guapo...
ANGELA. Dios te haga más feliz que á mí, ¡Isabel!

ISABEL. Ya haré yo lo posible porque así sea. Justamente, cuando tú has venido estaba yo cavilando en los medios de desesperarlo para que no se acuerde de más mujer que de mí.

ANGELA. ¿Desesperarlo?... Pues qué, ¿por ese medio se hace una amar?

ISABEL. ¡Ya verás!... Ven conmigo, te presentaré á mi hermana: ella no te conoce; pero yo la he hablado mucho de tí.

ANGELA. No, ahora no; papá no está bueno todavía, y le haré falta. Me voy.

ISABEL. ¡Tan pronto!

ANGELA. No quería más que darte un abrazo, y que supieses que había llegado. Adiós, querida; pronto volveré á verte.

ISABEL. ¡Cuidado! Yo te iré antes á visitar. ¿Vives en la misma casa del general?

ANGELA. Sí, en el cuarto segundo.—Probablemente habrá llegado ya.

ISABEL. Le daré la noticia á mi hermana, que se alegrará mucho.

ANGELA. Adiós, ¡hermosa!

ISABEL. ¡Adiós! (Se besan: Angela se va por el foro.) ¡Pobrecilla! ¡Engañarla ese pícaro novio! ¡Ella es tan bonachona!... ¡Como yo con Luis! No es así mi hermana, y por eso los tiene tan sujetos. ¡Esa lo entiende!

ESCENA VI

LA DUQUESA y DOÑA ISABEL

DUQUES. ¡Isabel!... ¿Qué haces aquí tan sola?

ISABEL. ¡Ay! Clara, ¡si vieras qué alegría he tenido!

DUQUES. ¿Cuál es?

ISABEL. Mi mejor amiga de colegio, Angelita Herrera, que ha llegado á Madrid, y ha venido á verme.

DUQUES. ¿Y por qué no me la has presentado?

ISABEL. Tenía prisa por volver á cuidar á su padre, que está algo malo; es un amigo antiguo del general

Bernal; viven en su misma casa; y Angelita me ha dicho que el general debía llegar hoy.

DUQUES. ¡Hola!... (Aparte.) Bien sabía yo que volvería.

ISABEL. Ya vendrá á verme otro día, y te la presentaré.

DUQUES. Sí; deseo conocerla.

ISABEL. Y es preciso que tratemos de distraerla, ¡tiene una pesadumbre!...

DUQUES. Bien; ¿pero no piensas en vestirte? Luisito vendrá, y no estarás lista para ir al baile.

ISABEL. No importa. No pienso que me acompañe.

DUQUES. ¿Cómo?

ISABEL. Ni bailaré con él esta noche.

DUQUES. ¿Y por qué?

ISABEL. Porque... ¿qué sé yo!

DUQUES. ¡Caprichos!... ¿Y si se enfada?

ISABEL. El se desenfadará.

DUQUES. ¡Quién sabe!

ISABEL. ¡Bah! ¿No he visto yo un millón de veces al general Bernal marcharse de aquí enfadado?... ¿Y cuánto duraba?

DUQUES. Isabel, no seas loca.—¿No dices que quieres mucho á Luis?

ISABEL. ¡Sí que le quiero mucho!

DUQUES. Entonces, ¿por qué quieres afligirlo?

ISABEL. Pues qué, hermana, ¿tú aborreces al general Bernal? No lo creo.

DUQUES. Y á tí, ¿quién te mete...?

ISABEL. ¡Toma! Yo hago mis observaciones. Cuando el general venía á verte tan ufano, tan contento, ¡tú le ponías una cara!... Le despreciabas, le reñías... Y cuando él se ponía de mal humor, al momento cambiabas, te mostrabas tan alegre, tan risueña... y eso le desesperaba, y hacía ponerse...

DUQUES. (Sonriendo.) ¡Furioso!... ¡pero qué furioso!...

ISABEL. Y más enamorado que nunca. Pues bien, yo voy á hacer esa prueba.

DUQUES. ¿Qué estás diciendo, Isabel?

ISABEL. Sí, sí, quiero imitarte: quiero hacer con Luis lo que tú hacías con el general.

DUQUES. ¿Y si Luis se va y no vuelve?

ISABEL. ¡Vaya! ¿Pues no volvía siempre el general?

DUQUES. Isabel, te prohibo pensar en semejantes locuras. Tu situación no es igual á la mía, y hay cosas que una niña no debe aprender, porque se expone á interpretaciones siniestras ó á riesgos fatales.

ISABEL. ¡Pero, Clara, mis amores con Luis son tan sosos!... ¡Tiene él una calma!... Yo quisiera un poco de tempestad... aunque no fuera más que por variar.

DUQUES. ¡Vamos! No vuelvas á pensar en esas extravagancias, Isabel. Anda á vestirte, y déjate de jugar con fuego.

ISABEL. (Aparte, yéndose por la derecha.) Tú dirás lo que quieras, pero yo he de aventurar la prueba.

ESCENA VII

LA DUQUESA y UN LACAYO

DUQUES. ¡Esta niña ha perdido el juicio! ¡Coqueterías á su edad!... Yo estaré á la mira. ¿Conque el general está de vuelta... y más enamorado que nunca?... No me coge de nuevas. ¡Y qué cartas me ha escrito!... ¡qué cartas tan elocuentes, tan tiernas!... ¡pero siempre tan exigentes!... Vamos, es preciso decidirme... ¡Es mucho mundo éste! Porque una recibe con amabilidad á un hombre, porque hace justicia á las prendas eminentes que le adornan, ya es forzoso sacrificarle la libertad... ya es de precisión que la duquesa del Puerto se convierta en la generala Bernal. ¡Estamos frescos! ¡Qué hombres estos! No puede una soltar una palabra sin que la tomen al pie de la letra. Verdad es que yo casi, casi le he dado derecho á esperar... Y si he de decir lo que siento, es el único hombre que no me parece del todo indigno de semejante sacrificio. ¿Pero qué estoy diciendo?... ¡No hay uno, uno solo que lo merez-

ca!... Y las expresiones que he soltado no me comprometen á nada. ¡Pues, señor, preparémonos á sostener violentos ataques!... Pero no hay miedo; me defenderé con valor.

LACAYO. El señor don Valentín Rompelanzas.

DUQUES. ¡Don Valentín!... ¿y qué me quiere?

LACAYO. Desea tener el honor de hablar á S. E. la señora duquesa.

DUQUES. (Aparte.) ¡El íntimo amigo del general!... ¿A qué vendrá? (Al lacayo.) Que entre. (Váse el lacayo.) ¡No sé qué me da el corazón!... ¡Este don Valentín, hombre tan raro!... Apenas le he visto dos veces...

ESCENA VIII

DON VALENTÍN y LA DUQUESA

DUQUES. Pase usted adelante, caballero.

VALENT. Señora duquesa, usted me ha de perdonar que haya insistido en presentarme...

DUQUES. El amigo del general Bernal puede estar seguro de que me dará mucho gusto siempre que venga á verme.

VALENT. En calidad de tal me presentó aquí, señora, y de él es de quien vengo á hablarla á usted.

DUQUES. ¿Cómo? ¿Le ha sucedido alguna desgracia?

VALENT. Todavía no; pero poco tardará en sucederle.

DUQUES. ¿Qué quiere usted decir?

VALENT. Que después de un mes de ausencia va á llegar...

DUQUES. ¿Y qué?

VALENT. Y la va á ver á usted.

DUQUES. ¡Cómo! ¿Sabe usted que ese chiste podría calificarse de insulto, caballero?

VALENT. No es esa mi intención, duquesa.

DUQUES. Vamos, sírvase usted explicarse.

VALENT. Eso haré, ya que usted me lo permite. Pero ante todas cosas, ruego á usted que me disimule si acaso mi lenguaje no se ajusta estrictamente al

que se usa por aquí en la alta sociedad: yo no la trato mucho.

DUQUES. Ya lo voy notando.

VALENT. Gracias, señora. Empiezo, pues. Hace 15 años...

DUQUES. ¡Perdone usted!... Se me figura que lo toma usted de muy lejos...

VALENT. Es verdad, señora; pero ya iré llegando. Para que usted entienda el paso que doy, es necesario que sepa el origen y la naturaleza de mis relaciones con el general Bernal. Hace quince años que salió él del colegio militar, y yo del de San Carlos: nos habíamos criado juntos, y juntos emprendimos la carrera; él entró de alférez de artillería, y yo de cirujano de ejército en el mismo cuerpo. Andando el tiempo, llegó él, á fuerza de cañonazos, á general; y yo, á fuerza de lancetazos, á cirujano mayor.

DUQUES. Todo eso ya lo sé.

VALENT. ¡Corriente! Pero lo que quizá no sabe usted es que nuestros caracteres son muy opuestos, y nuestra conducta mucho más. Bernal, hombre sencillo y cándido, como todos los que tienen un talento superior, no ha pensado en su vida en otra cosa que en la estrategia, en las batallas, en la gloria... Yo, los ratos desocupados los he empleado en otras aventuras, no tan científicas; de suerte que ambos hemos llegado á esta época crítica de la vida; yo con un alma taimada y dura como un guardacantón, y él con un corazón inexperto y cándido.

DUQUES. ¿Dónde va usted á parar?

VALENT. A esto, señora. Fácil era prever que el día menos pensado pararía Bernal en enamorarse; y que este sentimiento, nuevo para él, ejercería grande influencia en la suerte de su vida. Todo dependía de la mujer que encendiese la primera llama en su corazón: ¡miedo me daba pensar en ello!... y así ha sido. ¡Mi amigo la conoció á usted, y la desgracia que yo temía se verificó!

DUQUES. ¿Desgracia?... ¡Oiga usted!...

VALENT. Señora, me ha ofrecido usted disimularme: ya la he dicho á usted que soy poco florido en mis discursos. ¡Pues sí, señor, desgracia! Yo he visto nacer esa pasión en mi amigo; pasión que usted formó empeño en atizar: él no la buscaba á usted: usted fué quien lo atrajo. Miraditas... suspiritos... indirectas dulces... todo lo puso usted en juego, ¿y con qué fin? Con el de que viera el mundo de rodillas á las plantas de usted á un hombre tan superior á los demás. Durante un año he sido yo confidente de sus penas, testigo de ese tira y afloja de temores y esperanzas con que lo ha estado usted zarandeando á su gusto: su fama de usted había llegado á mis oídos, y la situación de mi infeliz amigo me afligía. Nada he perdonado para curarlo: empecé por decirle pestes de usted...

DUQUES. ¡Hola!

VALENT. ¡Sí, señora, pestes! Le probé que usted no llevaba más intención que la de atormentarlo, convertir en esclavo sumiso al hombre que excitaba la admiración general; y que cuando menos se lo esperase le plantaría usted bonitamente, después de haberse divertido con su amor y su desesperación.

DUQUES. ¡Caballero!...

VALENT. ¡Oh! Es que yo también sé lo que es la coquetería. En una ocasión tuvo la bondad cierta ninfa de ejercerla en mi persona...

DUQUES. (Sentándose.) ¡Tuvo buen gusto!

VALENT. Al principio de la campaña... hace ya siete años. Una hermosa navarra, tan hermosa como usted... y como usted, incapaz también del más mínimo sentimiento amoroso... Saturnina se llamaba... Bonito nombre, ¿no es verdad?

DUQUES. ¿Qué me importa á mí?...

VALENT. ¡Me hizo cara... me enredó en sus lazos como un pajarito... y ha de saber usted que se burló de mí!

DUQUES. ¡Cosa particular!

VALENT. ¡No por cierto! Una noche que estaba yo en su casa, oigo ruido... ella me dice que era su padre... ó su tío... ¡qué sé yo!... Me obliga á escaparme por un balcón... salto, y me rompo esta pierna... Y al día siguiente supe que no había tal padre, ni tal tío, sino otro amante que iba á pedir su vez.

DUQUES. Vuelvo á decirle á usted que ese lenguaje...

VALENT. Son pormenores, para probarle á usted que he aprendido la ciencia á expensas mías.—Desde aquel punto he sido enemigo declarado de las coquetas, les he hecho una guerra sangrienta; y así no extrañará usted mis esfuerzos para librar á mi amigo de las redes en que usted lo ha atrapado. Desgraciadamente, por más que le he dicho, ha sido predicar en desierto.

DUQUES. ¡Lástima de elocuencia!

VALENT. Entonces me propuse tentar otro medio: apelé al sistema homeopático, á ver si servía de algo. Le busqué una joven rica, millonaria...

DUQUES. ¡Hola! Y él inmediatamente...

VALENT. Me echó á la calle.

DUQUES. (Riendo.) ¡Ah, ah!... ¡Pobre don Valentín!

VALENT. Parece que eso le gusta á usted, ¿eh? ¡pues á mí maldito! Viendo que eso fallaba, hice que le diesen una comisión.

DUQUES. ¡Ya! ¿Fué usted quien le obligó á marcharse?

VALENT. Yo mismo; porque á cada instante estaba temiendo que le hiciese usted matarse.

DUQUES. ¡Matarse! (Se levanta.)

VALENT. Sí, señora, ¡matarse! porque se le metió en la cabeza que era insultarla á usted decir que es coqueta, y desafiaba á todos los que lo decían; ya ve usted si le lloverían lances!

DUQUES. ¡Qué locura!

VALENT. ¡Muy grande! ¡Usted le ha hechizado, señora!... y mejor fuera que le hubiese dado una pulmonía; porque eso... con unas cuantas docenas de san-

guijuelas... pero contra el amor no hay sanguijuelas que valgan.

DUQUES. Me parece que no se quejará usted de la paciencia conque le estoy escuchando hace media hora; conque si usted se dignase concluir...

VALENT. Voy allá, señora. El general Bernal está de vuelta en Madrid, y es claro que los tres volveremos de nuevo á la faena que tenemos hace un año: usted á burlarse de él; él á forcejear en su cadena, sin tener valor para romperla; y yo á verle padecer día por día, y á maldecir, y á enviarla á usted á...

DUQUES. ¡Caballero!...

VALENT. Ya que usted lo adivina, es inútil que acabe la frase. Ahora bien, señora; yo estoy resuelto á hacer que esto concluya, y con ese fin he venido á ver á usted.

DUQUES. ¿De veras?

VALENT. Con que, clarito; sí, ó no, como Cristo nos enseña: duquesa, ¿quiere usted casarse con mi amigo?

DUQUES. ¿No sospecha usted tener algo de loco, don Valentín?

VALENT. No, señora; ni pizca.

DUQUES. Pues si no está usted loco, ¿con qué derecho me dirige usted semejante pregunta?

VALENT. Con el derecho que tengo para no permitir que un hombre á quien quiero, y por el cual daría mi sangre, sea juguete de sus zalamerías de usted, de sus antojos, de su vanidad, de sus caprichos... Con ese derecho.

DUQUES. Si no fuera porque tengo ya noticias de lo extravagante que es usted, y porque al cabo me estoy divirtiendo en oir sus majaderías... hubiéra hecho ya con usted lo que me ha dicho que hizo su amigo.

VALENT. ¿Echarme á la calle?

DUQUES. Aquí no estamos en Navarra, y yo no le obligaré á salir por el balcón: allí tiene usted la puerta.

VALENT. Es verdad: ¡por el balcón sería mucha obra!

DUQUES. ¿Creo que me habrá usted entendido?

VALENT. No es difícil; pero ha de saber usted que yo no me voy así...

DUQUES. ¿Cómo se entiende?...

VALENT. ¡Usted no sabe quién es Valentín Rompelanzas, señora! ¡Lástima que no sea él quien se haya enamorado de usted!

DUQUES. Efectivamente, ¡es lástima!

VALENT. ¡Oh! Entonces la cosa andaría de otro modo. Pero, en fin, si no soy yo, como si lo fuera; porque es otro yo, y haré por él lo que haría por mí.—Hablemos en plata, Duquesita. ¿Qué es lo que le impide á usted casarse con el general? Si usted es rica, él es tan rico como usted; si usted es duquesa, él es teniente general; si su apellido de usted es noble, el suyo es glorioso. Conque... ¡vamos! ¡qué demonio!... un buen ánimo, y arremeta usted con él... ¡sin ejemplar!

DUQUES. Con usted no hay más que dos partidos: reirse, ó enfadarse. Prefiero reirme.

VALENT. Corriente; pero reirse no es responder.

DUQUES. ¿Conque por fuerza he de responder? ¿He de negociar un casamiento por embajador?

VALENT. Justamente; pero yo no quiero respuestas diplomáticas. Escuche usted: Bernal viene tan enamorado como se fué, porque usted le ha escrito tales cartas, que él ha creído ver en ellas el logro de sus esperanzas.

DUQUES. ¿Eso ha visto?

VALENT. Los hombres de corazón noble son muy tontos, ¿no es verdad? Yo, que tengo el mío con callo, he dicho al instante: ésta se ha cansado de tenerlo ausente, la falta un juguete con que divertirse, y él será muy necio si hace el menor caso de sus palabras. Así, sin que él lo sepa, he dado este paso con usted, para ir de una vez al vado ó á la puente; es preciso que esto se acabe. Conque, vamos, señora, dígame usted de una vez si me engaño, ó si he adivinado el juego.

DUQUES. Su penetración de usted es tal, señor don Valentín, que sería una ofensa de mi parte negar lo que usted afirma.

VALENT. ¡Enhorabuena! ¿Es decir, que he acertado? ¿Es decir, que no se casará usted con él, á pesar de tantas promesas, de tantas esperanzas? ¿Es decir, que su intención de usted es continuar atizando su amor, para seguir burlándose de él?

DUQUES. Sea cual fuere el partido que adopte, es probable que no le tome á usted por confidente.

VALENT. Bien. ¡Pues yo, señora, la declaro á usted una guerra implacable!

DUQUES. (Riendo.) ¡Ah, ah...! ¡Qué miedo...! ¡La guerra de don Valentín!

VALENT. Sí, ríase usted lo que quiera; pero la repito que estoy resuelto á ser el vengador de todos los que usted ha atormentado... ¡y ya sabe usted que el número es grande! ¿Piensa usted que una mujer tiene el derecho para fingir lo que no siente, para dar esperanzas que no piensa realizar, para destrozar el corazón de un hombre tierno y confiado? ¡No, señora! Si esta es su táctica de usted, yo quiero ponerle un término.

DUQUES. Me parece, Sr. D. Valentín, que la visita ha sido larga. Tengo que hacer; con permiso de usted...

VALENT. Vaya usted con Dios, señora. (Sacando al reloj.) Sólo la advierto á usted que dentro de pocas haras tendré el gusto de volver á ver á usted.

DUQUES. Espero que no será así.

VALENT. ¡Oh! ¡Sí será! Y también creo hallarla á usted entonces más blanda que un guante.

DUQUES. ¿Qué significan esas palabras?

VALENT. Yo la he declarado á usted la guerra; pero no es cosa de irla á decir mi plan de campaña. Bástele á usted saber que curaré á mi amigo del amor que la tiene á usted. Hasta la vista, señora.

DUQUES. Usted podrá no ser hombre de mal fondo; ¿pero ridículo...? ¡hasta no más! (Váse riendo por la izquierda.)

ESCENA IX

DON VALENTÍN

VALENT. Conque soy ridículo, ¿eh? ¡Lo veremos, Duquesita, lo veremos...! ¡Ea, el combate ha empezado, y se batirá bien el cobre, voto á sanes! ¡No faltaba más si no que yo dejase á mi amigo morirse de consunción, siendo la fábula y el ludibrio de estas señoronas empingorotadas! ¡Arre allá, coquetas...! Á divertirse con un mono, y no con el más bizarro general del ejército español. ¡No saben ellas quién es Valentín Rompelanzas...! Pues yo haré que lo sepan. En cuanto á la Duquesita, mi plan está combinado, y verá la que yo le enredo, y si es poco enemigo un cirujano mayor de ejército. Empiece el ataque. ¡Señora Duquesa, prepárese usted! (Al irse por el foro, salen por la derecha doña Isabel y don Luis, á los cuales saluda.)

ESCENA X

DOÑA ISABEL y DON LUIS

LUIS. ¿Quién es ese?

ISABEL. Don Valentín, un amigo del general Bernal; habrá venido á ver á mi hermana.

LUIS. Conque, Isabel, basta de caprichos. Si te empeñas en que no he de acompañarte al baile, me voy, y ¡mira que no vuelvo más!

ISABEL. Ya volverías.

LUIS. ¿Que volvería? ¿Quieres hacer la prueba?

ISABEL. ¡Vamos! ¡No te formalices! (Aparte.) Yo no sé hacer esto como mi hermana; así que me dice que no volverá, ea, ¡ya no sé de dónde estoy de pie!

LUIS. ¡No sé de dónde has sacado hoy este nuevo registro! Ea, ¿me voy?

ISABEL. ¡Capaz serías de hacerlo!

LUIS. Si tú lo deseas...
ISABEL. ¡Demasiado sabes que no!
LUIS. Pues entonces, ¿á qué viene atormentarme? No volverás á hacerlo, ¿verdad, Isabel?
ISABEL. No, ¡que yo también padezco!
LUIS. ¡Isabel mía!—Dame tu mano. (Se la besa.)
ISABEL. (Aparte.) Vamos, no sirvo para esto.
LACAYO. El señor general Bernal.
ISABEL. ¡Ah!

ESCENA XI

DON LUIS, DOÑA ISABEL y EL GENERAL

GENER. ¡Oh! ¡Isabelita! ¡Qué dichoso encuentro! Señor don Luis, á la orden de usted.
LUIS. Mi general, ¡muy bien venido!
ISABEL. No esperaba yo tener el gusto de ver á usted tan pronto, aunque ya me habían dicho que llegaba usted hoy.
GENER. Pocas horas hace que he llegado.
ISABEL. Voy á dar la noticia á mi hermana; porque supongo que á ella será la visita.
GENER. Si tiene la bondad de recibirme, será un placer para mí.
ISABEL. (Sonriendo.) Sí, señor, sí; ¡creo que tendrá esa bondad! Hasta luego, Luis; vuelve pronto para ir al baile juntos.
LUIS. Seré puntual; adiós. (Saluda al general y se va.) Mi general... (Isabel se va por la izquierda.)

ESCENA XII

EL GENERAL

GENER. ¡Vuelvo á poner el pie en esta casa, donde tanto he padecido, y donde siempre me dejo arrastrar á pesar mío!—En este mes de ausencia se me figura que no he existido. ¡Voy á verla! Pero no

ya caprichosa y coqueta, como antes de mi partida; sus cartas me dicen que este viaje la ha entristecido... ¡Ah! ¡Qué preciosas cartas! ¡Ellas han decidido mi suerte! Y Valentín empeñado... ¡Es un visionario! ¡Cuántas tonterías me ha dicho en las pocas horas que hace que llegué! Él no la conoce.—¡Qué dichoso voy á ser!... ¡Ah! ¡Sí! ¡Suyo es mi corazón por toda la vida!—¡Oigo pasos!... ¡Ah! ¡Ella es!...

ESCENA XIII

LA DUQUESA en traje de baile; EL GENERAL

DUQUES. ¡Oh! ¡General!... ¡Muy bien venido!

GENER. ¡Señora!...

DUQUES. Excuso decir á usted cuánto me complace volverle á ver; y es un placer que ya esperaba, porque me habían anunciado su vuelta de usted.—Veo que no ha perdido usted la costumbre de venir diariamente á esta hora á visitarme; y agradezco mucho la memoria y la exactitud.

GENER. Me parece que es harto natural...

DUQUES. La exactitud es ya una galantería.—Vamos, siéntese usted aquí, á mi lado, como antes de marcharse; y ante todas cosas, perdóneme usted.

GENER. (Sentándose.) ¿Perdonar á usted?... ¿Qué?

DUQUES. Que le haya hecho esperar.

GENER. ¡Una eternidad esperaría yo con paciencia, si al fin había de ver la divinidad que veo!

DUQUES. ¡Hola, cumplimientos!

GENER. ¿Pueden serlo el llamarla á usted divinidad? ¡Pero está usted tan acostumbrada á oirlo! ¿Y la divinidad no concederá á este ser que llega á sus plantas el favor de besarla respestuosamente la mano?

DUQUES. (Dándole la mano.) ¿Eso... cómo puedo negarlo?

GENER. (Besándosela.) ¡Ah! ¡Clara! ¿Conque esta vez no me he engañado? ¿Las cartas que he leído, y que me

han hecho volar de nuevo á estos sitios, expresan los sentimientos de ese corazón? ¿Por fin ha conocido usted que un año entero de tormentos, de incertidumbre y de amor, merecía alguna recompensa?

DUQUES. ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Ya me asusta lo que dice usted que le he escrito!

GENER. ¿La asusta á usted?... ¿Y por qué? No, Clara; usted se ha convencido de que ya debía poner término á una prueba tan larga y tan cruel... porque ya veo que era una prueba y nada más. Usted se ha hecho cargo de que un soldado, que sólo ha vivido en campaña, no podía saber esa estrategia de sociedad, y á treinta y dos años de edad la ofrecía á usted un corazón que no había experimentado otra conmoción que la de los combates. ¡Un corazón nuevo, que la amaba á usted con todo el estusiasmo del primer amor, con toda la candidez de un niño!

DUQUES. ¡La canción de todos! Querer hacernos creer que es la primera pasión; eso no pasa de una galantería. Amigo mío, nosotras en ese punto sabemos á qué atenernos. Ustedes se empeñan en engañarnos; y nosotras pobres, nos dejamos engañar; porque vemos en esa ficción un homenaje que se rinde á nuestra vanidad.

GENER. ¡Yo engañar!... ¿Usted lo cree?... ¡Oh, no es posible! ¡Harto tiempo me ha visto usted á sus pies, esforzándome por ablandar su corazón, implorando una dulce mirada, esperando la única palabra que puede hacerme feliz en la tierra!

DUQUES. ¡Pues bien! Eso es querer, solicitar y esperar.

GENER. Pero es que el que solicita puede al cabo indignarse contra la insensibilidad del poderoso, puede cansarse de esperar inútilmente.

DUQUES. La paciencia es la más útil de las virtudes.

GENER. Pero también la paciencia se acaba. Y le agradezco á usted mucho que no haya dilatado por más tiempo la prueba que estaba haciendo con la mía.

DUQUES. (Sonriendo.) ¡Mucha prisa trae usted!

GENER. ¡No! Las cartas que le he escrito á usted pintándola mi amor y desesperación, han merecido por fin respuesta; usted me ha hecho una promesa, y la cumplirá. ¡Ah! No, ya no puede usted negarme el premio de tanta constancia y tanta sumisión.

DUQUES. ¡El premio!... ¡El premio!... ¡Seguramente viene usted con ideas singulares! ¿Qué ha hecho usted que merezca un premio? Tuvo usted á bien venir á visitarme diariamente y yo le recibí con la franqueza y el cariño de una buena amiga. ¿Es éste el gran mérito? Mi conversación le pareció á usted sin duda agradable y la prefirió usted á buscar distracciones en otro sitio: yo también, por mi parte, confieso que la de usted me agradaba. Pero en fin, estas son cosas recíprocas; estamos pagados; no nos debemos nada.

GENER. (Levantándose con ímpetu.) ¡Nada!

DUQUES. (Retirando su silla.) ¡Ay Dios! ¡No grite usted de ese modo! ¡Jesús, qué mal tono! ¡Me ha asustado usted!

GENER. Es que hay momentos, señora, en que uno no puede contenerse. Pido á usted perdón. ¿La palabra que ha pronunciado usted... ese *nada* tan cruel, es para seguir probándome sin duda?... Yo debí adivinarlo. Pero cuando estoy á su lado de usted, un solo pensamiento me ocupa: la razón calla, cuando habla el corazón.

DUQUES. (Sonriendo.) Procure usted que el suyo no hable tan alto.

GENER. (Sentándose.) ¡Sí; soy un loco! No debo mostrar desconfianza; la promesa que me ha hecho usted en su carta no se verá desmentida; no, ya no debe usted hacerlo, ni puede; y va usted á confirmar sobre mi corazón una esperanza... (Asiéndola las manos.)

DUQUES. (Soltándose y levantándose.) ¡Cuidado, hombre!... ¡Que me arruga usted todo el traje!

GENER. (Levantándose.) ¡Clara!
DUQUES. ¡Qué maneras se adquieren por esas provincias!
GENER. ¡Vamos, deje usted ese tono frío y burlón; yo se lo suplico!
DUQUES. ¡Silencio!... Alguien viene.
LACAYO. (Trayendo un ramo.) Señora...
DUQUES. ¿Qué hay? ¿Qué quieres?
LACAYO. Han traído este ramo para V. E.
DUQUES. ¿De parte de quién?
LACAYO. Del señor don Fernando de Lara.
GENER. (Aparte.) ¡Fernando de Lara!
DUQUES. (Tomando el ramo.) Bien; vete. (Váse el lacayo.)
GENER. ¿Conque usted conoce á don Fernando de Lara?
DUQUES. Sí, señor; ¿y qué?
GENER. Que ese joven...
DUQUES. Es más amable y más galante que usted. El me envía un ramo, y usted por poco me hace tener que ponerme otro vestido.
GENER. Clara, cuando es un amante, un esposo, el que...
DUQUES. ¡Oh! ¡Un esposo!...
GENER. Clara, las promesas son sagradas: yo he recibido una de usted...
DUQUES. ¿Está usted seguro de que yo le he prometido serlo suya?
GENER. ¿Cómo si estoy seguro? Aquí está la carta; sobre mi corazón... (Va á sacarla.)
DUQUES. (Deteniéndole.) No, no: no hay necesidad; déjela usted ahí.
GENER. ¡Qué oigo!... ¿Es esto creíble? ¡Pero usted no querrá burlarse de mí! ¡Usted no querrá quitarme esta esperanza, que es mi existencia! ¡Usted no querrá hacerme ver que es como tantas otras que fingen el amor! Y si es así, ¿por qué me ha pedido usted la vida? ¿Por qué la ha aceptado usted?
DUQUES. ¡Yo no le he pedido á usted semejante cosa, amigo mío!
GENER. ¡Amigo! ¿Se atreve usted á darme ese nombre después de haberme engañado y atormentado hasta este punto? ¡Cuidado, señora! Hay hom-

bres que aguantan mucho tiempo, pero que no perdonan cuando llegan á conocer que se han estado burlando de ellos!... y uno de esos hombres soy yo.

DUQUES. ¡Hola! ¿Amenazas? Sólo falta que me declare usted la guerra como don Valentín.

GENER. ¿Qué quiere usted decir?

DUQUES. ¡Que su amigo de usted es un pobre embajador, y no le aconsejo que siga la carrera diplomática!

GENER. Señora, yo no sé qué pasó; quizá imprudente le habrá hecho dar á Valentín la amistad que me profesa... Lo que sé es que por última vez me presento á usted á pedirla que ponga término á mi largo padecer: lo que sé es que he recibido de usted una promesa, y que reclamo su cumplimiento.

DUQUES. ¿Qué quiere usted que le diga, amigo mío? Si yo le he hecho á usted esa promesa... (cosa que no recuerdo) he hecho mal.

GENER. ¿Cómo?

DUQUES. Yo le recibiré á usted en casa con mucho gusto; pero la verdad, no estoy decidida á volver á casarme; no le quiero á usted lo bastante para llegar tan allá. Más adelante... veremos!

GENER. ¡Oh! ¡Eso es una burla!

DUQUES. (Yendo á mirarse al espejo.) No: ¡lo digo con toda formalidad!

GENER. ¿Qué hace usted?

DUQUES. Amigo mío, ya es la hora del baile. Usted ha corrido la posta, y debe estar cansado.

GENER. ¡Clara!

DUQUES. (Tirando del cordón de la campanilla.) ¡Basta por Dios! Dejémoslo por hoy. (A una doncella que sale.) Mira este rizo que se ha descompuesto un poco.—Con permiso de usted, general. (La doncella la compone el tocado.) Bien está. Dí que arrimen el coche. (Vase la doncella.) ¿Está usted enfadado?

GENER. ¿Yo? No, señora; ¡todo lo contrario! Acaba usted de hacerme un señalado favor: algo tarde, es ver-

dad; pero no importa: ¡le doy á usted muchas gracias!

DUQUES. No creo que haya por qué.

GENER. Sí, señora; el tormento que yo sufría no puede matar sino mientras está mezclado de esperanzas; pero en desapareciendo éstas, ya no hay peligro; se deja de padecer.

DUQUES. ¡Calle usted...!

LACAYO. El coche de S. E. está á la puerta.

DUQUES. Bien. Hasta la vista, general.

GENER. ¡Nunca más!

DUQUES. (Aparte; yéndose.) Mañana vuelve.

ESCENA XV

EL GENERAL

GENER. ¡Esto se acabó! ¡Tenía razón Valentín! ¡No hay más que vanidad en ese corazón seco y helado! ¡Ah! ¡Qué horrible modo de despertar! ¡Desde hoy no verá en mí sino los más fríos desdenes! ¡Y aun esa es poca venganza! ¡Yo quisiera hacerla entender, hacerla experimentar toda la amargura que tiene lo que me está haciendo padecer...! ¡Ah! ¡Cuánto daría yo por verla una hora en mi poder, para confundirla á humillaciones y desprecios!

ESCENA XVI

EL GENERAL y DON VALENTÍN

VALENT. ¿Y qué ha habido?

GENER. ¡Ah! ¿Eres tú, Valentín? ¿Qué buscas aquí?

VALENT. Vengo á felicitarte. ¿Tu adorada Duquesa habrá colmado ya tus deseos? Eres el más feliz de los hombres, ¿eh?

GENER. ¡Tengo destrozado el corazón! ¡Mis esperanzas, mis ilusiones... todo ha desaparecido!

VALENT. (Riendo.) ¡Calla...! ¿Esas tenemos...? ¿Y tú sigues adorándola?

GENER. ¡La aborrezco y la desprecio!

VALENT. ¡Enhorabuena! ¿Conque se ha burlado de tí?

GENER. Acaba de marcharse á un baile.

VALENT. Sí; pero no sabe ella á qué baile la van á llevar. ¡He dispuesto mi plan, y verás cómo brinca!

GENER. ¿Qué estás diciendo?

VALENT. Vente conmigo y lo sabrás.

GENER. ¡Explícate!

VALENT. Aquí no; vamos á la calle. Si no te haces de miel, hoy quedas vengado. (Se lo lleva.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala en casa del general Bernal; hay una puerta en el foro, y otra á la izquierda. Al mismo lado un sofá. A la derecha una mesa y en ella un quinqué encendido. En el foro hacia la izquierda un atril, y sobre él una flauta y un cuaderno de música.

ESCENA PRIMERA

DON VALENTÍN y EL GENERAL

(Salen por el foro al levantarse el telón.)

GENER. Pero, hombre, ¿estás en tu juicio? ¡Un rapto!

VALENT. Sí, señor, un rapto, un rapto en toda regla. He hecho emborrachar á cochero y lacayo; he puesto en su lugar dos hombres de mi confianza; la harán dar un rodeo por esas calles para que tengamos tiempo de llegar, y dentro de un instante la taimada duquesa se hallará en esta sala, prisionera de guerra del general Bernal y de su amigo Valentín.

GENER. Valentín, esa acción es infame, y yo no consiento en ser tu cómplice.

VALENT. ¿Volvemos al tema? ¿No me decías al salir: «La aborrezco y la desprecio; daría cuanto valgo por tenerla una hora en mi poder, para humillarla á desprecios?» Pues bien: yo voy á realizar lo que tanto deseabas; ¿y cuando te lo pongo en la mano, retrocedes? ¡Anda, anda á echarte otra vez á sus plantas, y á pedirla perdón por la burla que te ha hecho!

GENER. ¡Eso no! Yo quiero vengarme... ¡Sí, vengarme!... ¡Los tormentos que me ha hecho sufrir han sido demasiado crueles! ¿Pero qué amante, por indignado que esté, imagina semejante medio de vengarse?

VALENT. ¿Y piensas tú que se debe hacer lo que haría cualquier amante, tratándose de una mujer que no se parece á las demás mujeres? ¿De una mujer que es excepción en su especie? Ella se ha divertido en atormentarte: diviértete ahora tú en atormentarla: ella se ha mofado de tí un año: mófate de ella una hora. Aún no quedáis pagados.

GENER. Pero es que tendrá derecho para despreciarme; porque no me habré portado como caballero.

VALENT. ¿Despreciarte?... ¡Qué desatino! No se desprecia sino al que está debajo: al que está encima se le teme; y tú ahora vas á ser su tirano. Desde hoy cambiáis de papeles.

GENER. ¿Lo crees así?

VALENT. Respondo con mi cabeza. Tú no has querido escucharme, te has entregado en poder de una sierpe que te ha emponzoñado usando de astucias infernales; ¿y aún la compadeces? ¿Aún serás tan alma de cántaro que olvides sus delitos y tus tormentos? ¡Pues yo no los olvido!—¡Cuando te he visto mil veces desesperado, y á dos dedos de pegarte un tiro, me arrancaba los cabellos de rabia, y si entonces pillo á esa mujer, la mato!

GENER. ¡Valentín!...

VALENT. No te asustes: no trato de matarla; pero sí de vengarte.

GENER. ¿Y qué fin tendrá este paso?

VALENT. Eso depende de tí.—Muéstrate implacable: procura humillarla, herir su vanidad, conmover... no su corazón, ni su alma, sino sus nervios... sus nervios: ¡y tú verás!

GENER. ¡Es posible!

VALENT. ¡Pero cuidado con ablandarte! ¡Si tienes la debilidad de flaquear, si ella nota siquiera una mi-

rada dulce, eres perdido! Se te escurre de entre las manos como un pez, y no vuelves á atraparla en tu vida. ¡Nada, duro con ella, inflexible! Cada palabra tuya ha de ser una cantárida que la levante vejiga; y sobre aquélla, ¡otra! y sobre aquélla, ¡otra! ¡Mira que esas mujeres tienen una encarnadura endemoniada! ¡Y para llegar á ponerlas sensibles es preciso desollarlas!

GENER. Nunca se ha conmovido el corazón de esa mujer.

VALENT. Y dudo que ahora tampoco suceda; pero adelante; á lo menos te vengarás. Si yo hubiera hecho lo mismo con Saturnina, la navarra, no me hubiera roto la pierna; pero entonces era yo otro mentecato...

GENER. ¡No lo seré yo más! Estoy resuelto; esa mujer ha agotado toda la ternura y la indulgencia que había en mi corazón. Sí, sí, dices bien; la humillaré... humillaré su vanidad, que es el único sentimiento que abriga en su alma. Que se vaya en seguida, y no la volveré á ver.

VALENT. ¡Soberbio! La escena empezará por un *duo*, y luego entraré yo con una *pieza concertante*, que ha de producir gran efecto.

GENER. ¿Cómo?

VALENT. Déjame á mí. Tú no sabes el manejo que ha traído ella durante tu ausencia; yo si lo sé, y ¡la preparo una!—¡Se echó á reir cuando la dije que la declaraba la guerra!... Veremos quién se rie ahora.

GENER. No te entiendo.

VALENT. Ten paciencia; ya me entenderás. Voy á subir al cuarto segundo, á casa de don Ramón, el padre de Angelita; ella no habrá salido, ¿eh?

GENER. Supongo que no; su padre sigue enfermo; y á pesar de eso, quería volverse á Valladolid.

VALENT. Corriente.

GENER. Pero, ¿qué proyecto es el tuyo?

VALENT. ¡Ten paciencia, te digo! La prisionera no debe ya tardar... Ha parado un coche... Ella debe ser.

Ea, serenidad y resolución... *¡Cara ferós á ó enemigu!*

GENER. No tengas cuidado.

ESCENA II

EL GENERAL, DON VALENTÍN y UN CRIADO

CRIADO. Señor... ahí está la señora duquesa.

GENER. ¿Ya ha llegado?

VALENT. (Al criado.) Díla que tenga la bondad de subir.

CRIADO. Si parece que se ha desmayado.

GENER. ¡Gran Dios!

VALENT. Pues si se ha desmayado, que la suban.

CRIADO. (Yéndose.) Bien está.

GENER. ¡Ya ves lo que has hecho!

VALENT. No creí yo que tan pronto echaría mano de ese recurso; hace mal en darse prisa; está desperdiciando municiones.

GENER. ¿Y si se pone mala?

VALENT. ¡Qué mala!... Y además, ¿no soy yo médico? Yo la curaré.

GENER. A lo menos, vamos á...

VALENT. ¡Quieres no moverte de aquí! (Al criado que vuelve á salir.) ¿Qué es lo que ha pasado?

CRIADO. Primero se escamó de los rodeos que daba el coche; luego, al apearse, como extrañó el sitio, quiso echar á andar á pie; pero Antonio y Esteban la detuvieron y la dijeron, como usted había mandado, que si daba un paso, moría. Esto la dió tanto miedo, que se desmayó. Mírela usted.

VALENT. ¡Perfectamente!

ESCENA III

EL GENERAL, DON VALENTÍN y LA DUQUESA

(La traen dos criados que la colocan en el sofá, y se van.)

GENER. ¡Qué has hecho, Valentín! ¡Eso no lo habías previsto! Una mujer tímida, delicada...

VALENT. ¡De corazón tan tierno!... ¿No es verdad?

GENER. ¡Pobre Clara!

VALENT. (Empujándolo lejos.) ¡Tonto! —¿No ves qué colores tiene? Apuesto á que nos está mirando; estas mujeres no se desmayan nunca más que de un ojo.

GENER. ¡No será extraño...! ¡Siempre la astucia, siempre la falsedad! Vete, Valentín.

VALENT. ¡Cuidado con ablandarte!

GENER. No tengas miedo; ya he echado el pecho al agua. Yo no hubiera dado este paso; pero ya que lo has dado tú, me aprovecharé de él.

VALENT. (Tomando la flauta.) Veremos. Yo estaré ahí en el gabinete, por lo que ocurra. ¡Firme! ¡Si echa mano de zalamerías, no la creas! Acuérdate de aquella aria: (Canta.) «Eres turco... no te creo...» ¿Estás?

GENER. Pierde cuidado. (Siéntase junto á la mesa; toma un periódico y se pone á leer. Don Valentín se va por la izquierda.)

ESCENA IV

EL GENERAL y LA DUQUESA

(La Duquesa empieza á volver en sí; mira alrededor con asombro, y ve al General, que está leyendo muy tranquilo.)

DUQUES. (Con exclamación de asombro.) ¡Ah...!

GENER. (Alzando apenas los ojos del papel.) Perdone usted, Duquesa; ahora me tomaré la libertad de decirla lo que usted me dijo hace una hora:—No grite usted de ese modo! ¡Jesús! ¡Qué mal tono!

DUQUES. ¿Cómo...?

GENER. Y, además, será inútil que grite usted; nadie puede oirla.

DUQUES. General, ¿en qué sitio estoy? ¿Adónde se me ha traído?

GENER. A mi casa, señora.

DUQUES. (Levantándose.) ¡A su casa de usted...! ¡Caballero...! (Da algunos pasos.)

GENER. (Levantándose también.) No se moleste usted; ¡de aquí no puede usted salir sino por mi voluntad, señora! Tenga usted, pues, la bondad de permanecer en ese sofá, como en el de su casa, tan desdeñosa si usted quiere... pero tan tranquila.

DUQUES. (Aparte; contemplándole con asombro.) ¡Qué mudanza... ¡Esto es fingido...! Aquí anda la mano de don Valentín. (Se sienta.) Puedo preguntar, sin que sea indiscreción, caballero, ¿qué quiere usted conmigo?

GENER. Nada absolutamente, señora.

DUQUES. Luego el objeto de esta noble acción...

GENER. (Sentándose.) No estará usted aquí mucho tiempo, señora; el necesario no más para que la hable á usted una vez con descanso, y con la seguridad de que usted me oye.

DUQUES. (Levantándose.) ¿Y si yo no quiero oirlo á usted? ¿Si quiero marcharme inmediatamente?

GENER. No; suplico á usted que tenga la complacencia de volver á sentarse.

DUQUES. ¡Esto es una villanía! ¿Es así como trata usted de hacerse querer?

GENER. No; si no trato de semejante cosa.

DUQUES. (Con sorpresa.) ¡Ah...

GENER. No, señora. Cuando estamos en su casa de usted, me presta usted tan poca atención, que me aburro; luego, á la menor palabra que le disgusta, tira usted del cordón de la campanilla y me pone en la calle, como pudiera usted hacer con el último de sus lacayos. Aquí es diferente; nadie puede echarme, y cuento con que tendrá usted la amabilidad de oirme hasta el fin. Por lo demás, tranquilícese usted; no soy yo hombre que arranca por la violencia lo que no ha logrado merecer.

DUQUES. (Aparte.) ¿Es esto un sueño? ¿Estoy efectivamente en su casa...? ¿Es él quien habla?

GENER. Dígnese usted escucharme. ¡Hubo un día en que se le antojó á usted que yo la amase; y yo la amé á usted, con un amor puro, inmenso, tan respe-

tuoso como ardiente, tan tierno como sincero, tan grande, en fin, que rayaba en locura! Así que lo vió usted nacer, lo alentó... y fué sólo por pasatiempo, por burla; ¡bien se ha divertido usted! Yo no digo que se deba corresponder por fuerza á un amor de que no se participa; el hombre que quiere y no logra hacerse querer, no debe quejarse. Pero tender lazos, fingiendo amor, á un infeliz que no tiene otro cariño en el mundo; hacerle conocer la dicha en toda su plenitud, para arrebatársela luego; robarle su tranquilidad, su porvenir; ¡matarlo...! y matarlo para siempre, emponzoñando todas las horas de su vida, ¡ese es un crimen, señora!

DUQUES. General...

GENER. Poco á poco: todavía no la permito á usted responder.

DUQUES. (Aparte.) ¡Qué lenguaje!

GENER. (Levantándose.) Que allá en esas frívolas sociedades que usted frecuenta, prodigue tiernas miradas y palabras seductoras á alguno de esos elegantes fatuos que andan revoloteando alrededor de usted, y la hacen declaraciones de un amor que no sienten ni son capaces de sentir... enhorabuena. Eso es jugar por ambas partes con moneda falsa, y ninguno de los dos pierde. ¡Pero conmigo no debía ser así, señora; bien lo sabe usted!

DUQUES. (Tapándose el rostro.) ¡Oh, Dios mío!

GENER. ¿Por qué oculta usted el rostro? No: sea usted fiel á su natural impávido. ¿No ha contemplado usted mil veces con semblante sereno los tormentos que me causaba? ¡Tranquilícese usted: yo no puedo ya padecer más: usted ha secado mi corazón!

DUQUES. ¡Basta, General... basta, por Dios!

GENER. ¡Yo vivía sólo en el mundo, y crei haber hallado un alma que respondiese á los sentimientos de la mía: me engañé groseramente! ¡La vida hasta aquí sólo me había enseñado lo que era padecer: usted me ha enseñado lo que es ser infeliz!

DUQUES. ¡Oh, no!... ¡Eso no!... ¡Eso no es posible! ¡Si fuera cierto, no me lo perdonaría jamás!

GENER. Hágame usted el favor de no llorar ni hacer visajes; porque no creo en nada de usted. Se acabó la magia que ejercía usted sobre mí: nada de cuanto usted finja me conmueve. He concluído de decir, señora.

DUQUES. (Con dignidad levantándose.) Enrique, si es cierto que he sido tan cruel como usted dice, derecho tiene usted de tratarme así, y aun con más dureza, si cabe. Pero ese amor que tanto tiempo me ha manifestado usted, ¿no podía durar un día más? Si ayer era yo inocente á los ojos de usted, ¿por qué he de ser hoy culpable?

GENER. ¡El corazón se gasta á fuerza de padecer, señora; y llega un momento en que se llena el vaso, y una sola gota le hace rebosar.

DUQUES. ¿Y sabe usted si esta misma noche quizá estaba yo pensando en nuestra futura felicidad? ¿Sabe usted si estaba ya decidida á fiar la mía de ese corazón que tantas pruebas me ha dado de nobleza y generosidad?

GENER. (Algo turbado.) ¡Señora!... (Óyese dentro sonar la flauta, tocando el aire: «*Eres turco, no te creo...*»)

DUQUES. (Sorprendida.) ¿Qué es eso?

GENER. (Reponiéndose.) Nada, señora.—(Aparte.) Este es Valentín que me vuelve el valor.

DUQUES. Dígame usted, Enrique, ¿cree usted de veras que no he pensado nunca en hacer feliz al hombre que atormentaba con mis caprichos? ¿Cree usted que en esos mismos momentos de capricho y mal humor de que usted se queja, no soñaba con las ilusiones de una vida entera de felicidad y amor? Y diga usted, ¿no era natural que experimentase algún temor, que tuviese alguna desconfianza al ir á formar un lazo que dura toda la vida? Y si yo le dijera á usted ahora: ¡Enrique, he combatido hasta donde han alcanzado mis fuerzas; pero usted ha vencido!

GENER. (Conmovido.) ¿Yo?... (Suena otra vez la flauta, tocando el mismo aire.)

DUQUES. (Sorprendida.) ¡Otra vez!

GENER. (Aparte.) ¡Ah! Tiene razón Valentín: esto será otra nueva astucia...

DUQUES. ¡Qué extraña música! Parece que no me ha oído usted, Enrique. ¿Calla usted?

GENER. Sí, señora; porque ya es imposible de todo punto que crea yo en la sinceridad de sus palabras de usted.

DUQUES. ¡Lo ve usted! ¡Y luego quieren que no disimulemos nuestros sentimientos! ¡Cuando los dejamos penetrar, sólo logramos hacer incrédulos é ingratos!

GENER. ¡Y el llegar á serlo me ha costado bastante caro!

DUQUES. ¡Oh, qué injusticia! (Con ternura.) Enrique, ¿qué prueba bastaría á convencerle á usted?

GENER. ¡Si yo no quiero ya convencerme, señora!

DUQUES. ¡Enrique!...

GENER. ¿Para qué? De hoy en adelante, como si no nos hubiéramos conocido.

DUQUES. ¿Lo dice usted eso de veras, Enrique? (El General titubea: ella le mira y dice aparte.) ¡Titubea!...

GENER. (Algo conmovido.) Yo no debo... ni quiero verla á usted más.

DUQUES. (Resentida.) Siendo así, caballero, ¿podré esperar que me deje usted salir?

GENER. Sí, señora. (Da algunos pasos hacia el foro.)

DUQUES. (Aparte.) ¡Me deja marchar!... ¡Se acabó! (Se encamina también hacia el foro.) ¡Pero qué oigo!... ¡Alguien viene!

GENER. Es verdad: puede usted salir por esta puerta. (Va á la de la izquierda.) ¡Cielos! ¡Está cerrada!

DUQUES. ¿Qué es esto, general?

GENER. (Aparte.) ¡Esto es cosa de Valentín!

DUQUES. (Con dignidad.) Enrique, no quisiera verme obligada á retirarle á usted mi estimación... Viene gente, y no hay medio de que yo salga sin ser vista... ¿Ha formado usted el proyecto de perderme?

GENER. ¡Oh! ¡No me suponga usted semejante infamia!
DUQUES. Pues ello es que llegan... ¡que llegan!... ¡y yo estoy sola con usted!
GENER. Crea usted que yo ignoraba... que jamás hubiera consentido... ¡Ah, créalo usted!... ¡créalo usted!...
(Aparece don Valentín, trayendo del brazo á doña Angela.)
DUQUES. (Aparte.) ¡Don Valentín!... ¡Soy perdida!

ESCENA V

DOÑA ÁNGELA, DON VALENTÍN, EL GENERAL y LA DUQUESA

VALENT. Con tu permiso, Enrique. (A la Duquesa.) Señora... beso á usted los pies.
ANGELA. Quizá incomodamos; pero don Valentín se ha empeñado en que baje...
VALENT. (Aparte.) La flauta no bastaba: era preciso salir.
DUQUES. (Aparte.) ¡Qué compromiso!
GENER. ¿Y qué visita es esta?
VALENT. Nada: sabía que no estabas solo, y traigo á esta niña para que conozca á esa señora. (La hace pasar junto á la Duquesa.)
DUQUES. ¿A mí?
GENER. (Aparte.) ¿Qué haré?
ANGELA. Usted me dispensará, señora: son bromas de este don Valentín. Sabe que tengo poco trato de mundo y se divierte en verme cortada en presencia de las señoras de Madrid.
DUQUES. (Aparte.) ¡Hombre aborrecible!
VALENT. (Aparte, frotándose las manos.) ¡Bien la dije que nos veríamos las caras!
GENER. (Aparte á la Duquesa.) ¡No tema usted nada!—Angelita, no esperaba yo tan amable visita; como sabe Valentín que mañana marcha usted de Madrid, ha querido sin duda que tenga yo el gusto de presentarla á usted á mi hermana.
ANGELA. ¡Su hermana de usted!
VALENT. (Aparte.) ¡Su hermana!... Este me va á echar á perder mi plan.

GENER. Sí, mi hermana; á quien usted no conocía, y que noticiosa de mi llegada ha venido á verme antes de ir al baile.

DUQUES. (Aparte.) ¡Ya respiro!

ANGELA. ¿Y por qué no me lo ha dicho usted, don Valentín? Vaya, general, preséntemе usted á su hermana; quiero tener el gusto de decirla cuánto debo al noble corazón de su hermano.

GENER. (A la Duquesa; trayendo á su lado á Angela.) La señorita doña Angela de Herrera.

DUQUES. (Aparte.) ¡La amiga de Isabel!... ¡Qué encuentro!

GENER. Su padre fué mi compañero de armas y mi protector; y su hija es la joven más amable, más candorosa...

ANGELA. Y más infeliz, ¿no es verdad?

VALENT. Sí por cierto, ¡muy infeliz! porque...

GENER. ¡Valentín!

VALENT. ¡Hombre, déjame!... ¿No puedo yo hablar?

GENER. Pero ten cuidado con lo que dices.

VALENT. ¡Oh, no olvidaré lo que se debe á la hermana de mi amigo!... ¡Oh, una hermana!... ¡Friolera!... ¡Yo no he tenido ninguna hermana!

ANGELA. Pues yo celebro mucho que el General la tenga; así, aunque yo me marche, no le faltará una persona que le distraiga y le consuele de sus penas. ¡Y qué pena es sufrir la ingratitud de la persona que una quiere! ¡Bien lo sé yo!

DUQUES. ¿Usted, señorita, á su edad?...

VALENT. Pues á su edad se ve burlada, y se ha deshecho su boda por las coqueterías de una mujer trapisondista y vana que le ha levantado de cascos á su futuro. ¡Sí, señora; el novio vino á Madrid, conoció á una coqueta, y adiós felicidad! ¡Enrique conoció á una coqueta, y adiós tranquilidad! ¡Yo conocí á una coqueta... y adiós pierna! ¡Oh, qué mujeres!

DUQUES. (Aparte.) ¡Qué suplicio! (Al General.) Ya se hace tarde, Enrique; me marcho. (Da algunos pasos.)

VALENT. (Tomándola con mucha finura de la mano y volviéndola á

traer.) ¡Cómo, tan pronto! No podemos permitirlo. Acompañe usted otro ratito á su querido hermano.

GENER. Pero, Valentín...

VALENT. ¡Nada, nada! Si es tanto el gusto que me da verla aquí, que soy capaz de echar la llave para que no se vaya.

ANGELA. (A la Duquesa.) Usted me perdonará si la fastidio tocando un punto que no puedo recordar sin entristecerme. Ya ve usted; nos íbamos á casar; todo estaba dispuesto; cuando un negocio de intereses obligó á mi novio á hacer un viaje á Madrid.

DUQUES. (Aparte.) ¿Qué oigo?

VALENT. ¡Vea usted!... ¡Dejar venir un novio á Madrid!... ¡Que es lo mismo que abrirle la jaula á un jilguero!... ¡Hay aquí unas culebronas!... (A la Duquesa.) ¿No es verdad, señora?

DUQUES. ¿Yo qué sé?

VALENT. (Aparte.) ¡Huy, qué gesto me pone!... ¡Bueno va!

GENER. Angelita, es preciso olvidar eso.

ANGELA. Ya hago lo posible; porque don Valentín, que conoce á mi rival y no ha querido decirme su nombre, me ha asegurado que no debo ya contar con el amor del señorito don Fernando de Lara.

DUQUES. ¡Fernando de Lara!

GENER. (Aparte.) ¡Don Fernando de Lara!... ¡El que la mandaba el ramo!... ¡Ah! ¡Ya lo entiendo todo!

DUQUES. (Aparte.) ¡Esta era la novia de Valladolid!

VALENT. (Aparte; observándolos.) ¡Bravo!... ¡Esto se enreda!

ANGELA. Qué, ¿le conoce usted, señora? ¿Le ha visto usted?

DUQUES. Sí... alguna que otra vez.

GENER. (Aparte.) ¿También esa? ¡Ah! ¡No sabía yo todas sus infamias! (Va á recostarse junto á la mesa.)

ANGELA. ¿Y cómo le ha conocido usted?

DUQUES. (Aparte.) ¡Ah! No perdamos la serenidad.

ANGELA. ¿No me responde usted?... Pero tiene usted razón; no volveré á hablar de él; en mi corazón ya no hay sitio sino para la amistad, y esa es toda

de su hermano de usted. ¡Si viera usted él también qué vida pasa! ¡Qué infeliz le está haciendo una señora que llaman la duquesa del Puerto!

DUQUES. ¡Niña!

VALENT. (Aparte.) ¡Soberbio!

ANGELA. Yo no conozco á esa duquesa; pero lo que importa es ver el modo de que su hermano de usted rompa con ella; luego se le irá pasando, como á á mí; y al cabo se olvidará de ella, como yo me olvido de Fernando. ¡Ah! Dígame usted que le ha visto. ¿Sabe usted cuál es la mujer por quien me ha dejado? ¿Es más bonita que yo?

DUQUES. Niña... yo... ¿cómo he de saber?...

VALENT. ¡Vamos, que sí lo sabrá usted! Y ya podría usted ser amable y decirla á esta pobrecilla quién es esa que le ha soplado el novio y qué medios infernales empleó para írselo atrayendo; porque lo que es usted... yo sé que ha visto á don Fernando á los pies de la duquesa del Puerto.

ANGELA. ¡La duquesa del Puerto!

GENER. (Con cólera.) ¡A sus pies!

VALENT. ¡Sirviéndola de burla... como otros muchos!

ANGELA. ¡Cómo! ¿Era ella?... No se por qué me lo daba el corazón. Siempre he oído con repugnancia su nombre. ¡Qué mujer! ¡Verse amada del general Bernal y pensar en otro hombre! ¿Puede usted comprender eso?... ¿Usted, que es su hermana, y sabe cuán feliz debía considerarse la mujer que mereciera su amor? ¡Pero parece que esa señora duquesa es así!

VALENT. (Aparte.) ¡Bien por la niña de Valladolid!

ANGELA. (A la Duquesa.) Usted la aborrecerá, señora, ¿no es cierto?

VALENT. ¡Oh! Lo que es esta señora no la juzga con tanto rigor; su opinión acerca de la Duquesa no es del todo imparcial.

DUQUES. Dice usted bien, señor don Valentín; y espero que ya me permitirá usted marchar. (Dando algunos pasos hacia el foro.)

ANGELA. (Aparte.) ¿Qué le ha dado?

VALENT. (Poniéndosela delante.) ¿Usted querrá marcharse al baile? Pero no es cosa de que la dejemos ir sola; sería una impolítica...

DUQUES. ¿Qué quiere usted decir?

VALENT. Que he mandado llamar á un caballerete muy fino y muy galante, para que la dé á usted el brazo.

GENER. (Viniendo entre la Duquesa y don Valentín.) ¡Qué oigo!

DUQUES. (Aparte.) ¿Qué nueva perfidia será ésta?

VALENT. Ya es hora; no puede tardar... Justamente, oigo pasos.

CRIADO. (Anunciando.) El señor don Fernando de Lara.

ANGELA. ¡Fernando!

DUQUES. (Aparte.) ¡Ah! ¿Qué va á ser de mí?

ESCENA VI

DON VALENTÍN, DOÑA ANGELA, DON FERNANDO, EL GENERAL y LA DUQUESA

FERN. (Al General al salir.) Me ha mandado usted llamar, General, y... ¡Qué veo! ¡Angela!

ANGELA. Angela, que no tiene parte alguna en esa llamada; y que debiendo marchar mañana mismo á Valladolid, tiene el honor de saludar al señor don Fernando. (Da algunos pasos para irse.)

FERN. ¡Usted aquí, Angela!... ¡Usted!... ¡Y la Duquesa del Puerto!...

ANGELA. (Deteniéndose y volviendo.) ¡Cómo!... ¡La Duquesa!...

FERN. ¿No lo sabía usted?

ANGELA. (Mirándola con horror.) ¡Ay! ¡Dios mío!

VALENT. (Aparte.) Esto la enseñará á hacer conquistas por partida doble.

GENER. (Aparte.) El golpe es terrible, pero al fin la veo castigada.

FERN. (A Angela.) ¡Angela!... ¡Apenas me atrevo á alzar los ojos delante de usted! (A la Duquesa.) Y lo

que es á usted, señora, no esperaba yo encontrarla aquí.

DUQUES. ¡Poco á poco, caballero! (Aparte.) Enrique me desprecia, quiere perderme... ¡Ah! ¡Lo que estoy pasando!

ANGELA. (Asombrada.) ¡Con que era la Duquesa!

DUQUES. (Aparte componiendo el rostro.) ¡Si me ve humillada, dejará de amarme!... ¡Valor!

VALENT. Pues, sí señor; érase que se era una dama joven y hermosa; pero tan fría, tan coqueta, tan pérfida...

DUQUES. (Totalmente repuesta, y con tono burlón y ligero.) Permita usted que le interrumpa, señor mío; ese exordio promete un largo y curioso romance; y yo quisiera obtener la palabra. No porque trate de impedir al señor... don... don... ¿Cómo es su gracia de usted? (Colocándose en medio, entre don Fernando y Angela.)

VALENT. Valentín, para servir á usted.

DUQUES. Ah, sí; don Valentín. Pues, como decía, no porque trate de impedir al amigo don Valentín que tenga el placer de difamar á una mujer que ningún daño le ha hecho; ¡nada de eso! Puede calumniarla é insultarla á su sabor; pero antes que emprenda su tarea, deseo que ustedes me escuchen.

GENER. ¿Y qué es lo que puede usted decir?

FERN. ¿Y cómo puede usted justificarse?

DUQUES. (Riendo.) ¿Justificarme? ¡Calla! ¿Creen ustedes que yo estoy en el caso de justificarme? Gracioso sería que tuviese yo que dar disculpas, porque al caballero don Fernando se le ha antojado ponerse en ridículo.

GENERAL y ANGELA. ¡Cómo!

VALENT. (Aparte.) En eso puede que tenga razón.

DUQUES. Su orgullo provincial no se contentaba con la inocencia candorosa, con la ternura sincera de una joven graciosa y bella: Valladolid no era palenque digno de sus victorias: necesitaba habérselas con una madrileña del gran tono: aquí se

nos vino á dar la batalla, creyendo que podría decir como César: *¡Llegué, ví y vencí!* Pero al pobre le faltaban elementos para sostener el combate, y al fin ha salido derrotado!

ANGELA. (Aparte.) ¡Ella me está vengando del ingrato!

FERN. Usted abusa, señora, de mi posición y de la suya.

DUQUES. No soy yo quien las ha elegido, caballero.

VALENT. No: he sido yo. Pero usted no juega limpio, señora; y el mejor fullero tiene un mal cuarto de hora.

DUQUES. ¡Es verdad!... Como este, por ejemplo, en que una débil mujer cae sin defensa en una grosera emboscada que no podía sospechar; porque ¿cómo había de figurarse que el hombre á quien tenía por el más noble y generoso de la tierra se portaría de este modo?

GENER. ¡Ah! ¡No me acuse usted de esta acción!...

DUQUES. Ahora me toca á mí decir: poco á poco; todavía no le permito á usted responder. Aquí se me ha arrastrado violentamente, se ha intentado humillarme; pero se ha intentado á costa de la delicadeza y del honor. ¿Quién de los dos ha perdido en el juego?

GENER. (Turbado.) Señora...

VALENT. (Aparte.) Si no le socorro... Usted, señora, tiene mucho talento y muchas camándulas; esto es cosa reconocida: lo que se ha hecho con usted sale un poco de las reglas, lo confieso: puede usted acusarnos; ¡pero seducirnos... eso se acabó!

DUQUES. (Riendo.) ¡Ah, ah!... ¿Y qué sacaría yo con seducir al señor don Valentín?

VALENT. Es que...

DUQUES. (Al General.) ¡Estoy en su casa de usted, General; estoy en ella contra mi voluntad; y sin embargo, esta miserable venganza puede arruinar mi reputación, mi honor... lo más precioso de una mujer!

GENER. ¡Ah! No dude usted que sabré alejar todo peligro, toda interpretación siniestra...

VALENT. (Aparte.) ¡Anda, cobardón!

DUQUES. Yo no exijo nada de usted. Su digno amigo ha querido que á este escándalo asistieran testigos; pues bien, me explicaré delante de ellos. No trato de negar, señores, que viéndome viuda, libre, y envidiada y solicitada, creí que debía comprar la consideración de las gentes á costa de esa ternura amorosa que tanto se afanan los hombres por inspirarnos, y que tanto nos la motejan cuando llegamos á sentirla. Me propuse que mi cabeza fuera la defensa de mi corazón; y lo que llaman ustedes coquetería ha sido la salvaguardia de una conducta en que la maledicencia no ha podido tachar lo más mínimo. ¿Ustedes se rebelan contra este natural instinto que nos inclina al deseo de agradar, y nos inspira miedo á querer?... ¡Pues de ustedes es la culpa, señores míos, más bien que nuestra: tienen ustedes palabras de almíbar para seducirnos, y de hiel para juzgarnos! ¡Todos los medios son lícitos para conquistarnos; y los que nosotras usamos para asegurar nuestras conquistas, por inocentes que sean, se califican de infames!

VALENT. ¡Sí, sí!... ¡Inocentes!... ¡Inocentes!...

DUQUES. ¡Sin duda! ¿Cuáles son los que usamos? Coqueterías estudiadas... frialdad aparente... indiferencia fingida... Así es como defendemos nuestra espirante libertad de la invasión del amor: y gracias si la lucha se dilata y nos da tiempo para conocer á fondo al hombre que se ha hecho dueño de nuestro corazón.

GENER. (Aparte.) ¡Qué es lo que oigo!

VALENT. (Aparte.) ¡Ay, ay, ay, ay!...

DUQUES. Confieso que he tenido momentos de creer que había hallado á ese hombre cuyo amor me subyugaba; y casi me llegó á decir el corazón que la vanidad, el fausto, el brillo del mundo no equivalía á la dulzura que encierra una sola palabra de amor, pronunciada por la persona que se ama... (Mirando al General.)

GENER. (Aparte, conmovido.) ¡Ah, si fuese cierto!... ¡Ah, Valentín! ¡Valentín!...

VALENT. (Aparte.) Esta es otra añagaza: ¡no te fíes!

ANGELA. (Aparte.) ¿Si le amará de veras?

DUQUES. ¡Pero me han dado tiempo para pensarlo, y me han hecho un grandísimo favor! (Acercándose á don Fernando.) Señor don Fernando, quizá el sentimiento anterior que me dominaba es el que ha estorbado que triunfase usted en la demanda: no quiero envanecerme de una resistencia que no es solo mía; y le ruego á usted que me perdone el chasco. (Á Angela.) Cuando una es joven y hermosa, siempre triunfa, á despecho de las coqueterías y la inconstancia; no lo dude usted, señorita; y no me guarde usted rencor. (A don Valentín.) Señor don Valentín, la amistad disculpa muchos yerros; y yo debo darle á usted gracias por haberme creído digna de enlazarme al hombre que usted quiere más en el mundo. (Con tono voluble y chancero.) Sólo á usted se le hubiera ocurrido la diablura que ha hecho conmigo. ¡Lástima es que haya fallado!... ¡Pero cómo ha de ser! El negocio no estaba en sazón: su amigo de usted no me quiere ya, y yo quizá no le quiero todavía; de suerte que el casamiento que usted me proponía se hace imposible. Así, pues, he dicho, y con permiso de ustedes me marcho al baile... ¡Tardecillo es!... ¡Pero siempre llegaré á tiempo de bailar un par de rigodones!... ¡Adiós, señorita! ¡Caballeros, tengo el honor de saludar á ustedes!... (Aparte, yéndose sin poder disimular ya la conmoción.) ¡Sofocada estoy, pero no han logrado humillarme!...

ESCENA VII

DOÑA ÁNGELA, DON VALENTÍN, DON FERNANDO y EL GENERAL

VALENT. Pues señor, que el demonio me lleve si no se acaba de burlar otra vez de nosotros. Pero no me importa: me he salido con la mía: ¿tú ya no la quieres?

GENER. (Yéndose.) ¡Qué sé yo!

VALENT. ¡Ay, Dios mío! ¿Será cosa de volver á empezar?

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La decoración del acto primero

ESCENA PRIMERA

LA DUQUESA

(Al levantarse el telón sale de su cuarto; se dirige al balcón y luego viene al proscenio.)

DUQUES. ¡Se me figuró que paraba un coche... pero no era aquí! (Tira del cordón de una campanilla; sale un lacayo.) ¿Se han llevado las cartas que mandé?

LACAYO. Sí, señora; Andrés fué á casa del señor don Valentín, y le dijeron que estaba de caza hacía ya unos días, y que aún no había vuelto; pero Andrés dejó la carta, porque parece que le aguardaban hoy.

DUQUES. Bien; ¿y la otra?

LACAYO. ¿La que iba para el señor general Bernal? Esa la llevé yo mismo, y la entregué en propia mano, cuando S. E. iba á subir al coche. Se la guardó, y me dijo que no tenía respuesta.

DUQUES. ¡Bien... bien...! Anda con Dios. (Váse el lacayo.) ¡Sin respuesta...! ¡Dios mío! ¡Todas sin respuesta! ¿No le volveré yo á ver? ¡Un siglo me parece que ha pasado desde aquel día fatal en que, al verme en su casa... y á su lado, conocí que le amaba sabre todas las cosas de este mundo! ¡No ha vuelto...! ¡Le he escrito mil veces...! ¡No me ha respondido! Le he buscado en todos los sitios donde siempre nos encontrábamos... Nada; ¡no

le he visto! ¿Dónde estará...? ¿Qué hará...? ¡Ah! ¡Si él supiese lo que está pasando en mi corazón! Bien me lo dijo:—¡Hay hombres que no perdonan jamás! ¿Por qué le habré ocultado tanto tiempo mi amor? Si en vez de apurarlo, de fingirle frialdad, indiferencia, le hubiese dicho la verdad... le hubiese dicho mil veces: ¡Enrique, yo te amo...! ¡Ah! Sí... El lo hubiera creído... y ahora lo tendría aquí, á mis pies, ¡enamorado, delirante...! ¡Ah! ¡Si volviese...! ¡Si Dios hiciera que volviese...! ¡Si por una hora no más se mostrase tal como le he visto durante un año entero...! ¿Y es cosa de perder enteramente la esperanza...? ¡Yo me muero...! ¡No puedo vivir así! ¡Dios mío! ¡Cuánto le amo...! ¡Ah! ¡Bien vengado está...!

ESCENA II

LA DUQUESA, DOÑA ISABEL y LA MARQUESA

ISABEL. Entre usted, tía; aquí está mi hermana.

DUQUES. (Yendo á abrazarla.) ¡Querida tía!

MARQ. ¡Dichosos los ojos...!

ISABEL. ¿Estás hoy mejor?

MARQ. Eso vengo á saber. ¡Estás desconocida...! ¡No se te ve por ninguna parte...! Dos bailes ha dado el embajador, y no has parecido. Ni vas al Prado... ni al teatro... ¿qué significa esto?

DUQUES. (Sonriendo á la fuerza.) Nada... creo que no será nada, tía.

ISABEL. Y las gentes, como la ven así, tampoco vienen, por temor de incomodarla. Ni el General, que venía todos los días... ¿Cuántos hace que no le vemos?

DUQUES. ¿Al General...? ¡Qué sé yo!

(La Marquesa se ha sentado y ha tomado un periódico.)

ISABEL. ¡Cosa más rara...! He estado por preguntárselo.

DUQUES. ¿Tú le has visto?

ISABEL. Sí, esta mañana temprano, por frente del Botánico; iba en su coche, con Angelita y con su padre; y él me vió, porque me hizo así con la mano. (Indicando un saludo.)

DUQUES. ¡Ah!

ISABEL. Y también á Angelita hubiera querido hablar para reñirla, porque no ha vuelto á verme. ¡Pero el General, señor...! ¡El General no parece por casa!

DUQUES. ¡Quién sabe!... tendrá ocupaciones...

ISABEL. ¡Qué ocupaciones!... ¿No ha de tener un rato al día?... Pues yo siento no verle... ¡Es hombre que me gusta tanto!... ¡Y él te quiere mucho!—¿Le has hecho tú algo, Clara?

DUQUES. (Turbada.) ¿Yo?... ¡Qué ocurrencia!...

ISABEL. ¡Es que tú eres tan caprichosa con él!... ¡Algunas veces le has dado unas respuestas!... No creas que se me ha escapado.

MARQ. ¡Eh... para hablar delante de las niñas!

ISABEL. Y yo una vez me propuse imitarte; pero no pasó de cinco minutos... ¡y aquellos cinco minutos fueron crueles!... Te aconsejo, hermana, que mudes de sistema.

LACAYO. El señor don Luis está en la sala.

ISABEL. ¡Hola!... Voy á verle.—Adiós, hermana; adiós, tía.

ESCENA III

LA DUQUESA y LA MARQUESA

MARQ. Ya que estamos solas, Clarita, hablemos un rato con formalidad. Ya me has contado la jugarreta que te ha hecho ese excelencia de nuevo cuño, á quien os habéis propuesto mirar como un grande hombre, y á quien yo en mis tiempos hubiera hecho encerrar en un presidio.

DUQUES. ¡Tía!...

MARQ. Sí, señor, en un presidio. ¡Atreverse á robarte y

meterte en su casa!... Y vamos á ver... todo ello, ¿para qué?... ¡Nada!... ¡Para decirte insultos y groserías de cuerpo de guardia!—¡Vamos, eso es inaudito! ¡Qué tiempos alcanzamos, señor!—Y, sepamos: ¿en qué altura estás con ese hombre?

DUQUES. Que le he escrito, tía.

MARQ. ¡Qué necedad!

DUQUES. Y no me ha contestado ni una sola vez.

MARQ. ¡Mire usted... el insolente!

DUQUES. En fin, que ya no me quiere.

MARQ. ¿Y tú le quieres ahora?

DUQUES. ¡Sí, tía!... ¿A qué se lo he de ocultar á usted?... ¡Le quiero más que á mi vida!

MARQ. ¡Ese es el orden!... En mis tiempos, lo que es eso era lo mismo. ¿Y qué vas á sacar de quererle?

DUQUES. ¡Qué sé yo! ¡Ni puedo explicar lo que pasa en mí!... No sé lo que hago, ni lo que pienso... ¡No soy ya la misma!

MARQ. ¡Y es lástima!

DUQUES. ¡Si él supiera que esta mujer, tan desdeñosa, tan coqueta, ha llegado á sentir amor!... ¡Que su corazón es otro enteramente!...

MARQ. ¡Qué tal!... ¿Te decía yo bien, que estuvieses en guardia?

DUQUES. Pero ya lo sabrá: he querido que lo sepa; acabo de escribir á don Valentín.

MARQ. ¿Y quién es don Valentín?... ¿Su confesor?

DUQUES. No: ese amigo suyo que no me puede ver.

MARQ. ¡Ah, ya! Ya me acuerdo: ¿el que dirigió el rapto?... ¿el que emborrachó á tu cochero?... Pues mira, es hombre de travesura: si fuera de buena familia, hubiera hecho suerte en mis tiempos.

DUQUES. ¡Ese es el que me ha perdido!... ¡Me ha hecho una guerra mortal!... ¡Me ha robado el corazón de su amigo!

MARQ. ¡Ta... ta... ta!... ¡Dale con el corazón!... en el día todo se vuelve hablar del corazón. Niña, tú te has olvidado de mis lecciones.

DUQUES. ¡Sus lecciones de usted!... ¡Ah, por haberlas se-

guido demasiado no he hecho hasta ahora más que halagar mi orgullo, sin lograr un instante de felicidad!

MARQ. ¡Esas no son más que palabras!... Hablemos en razón. ¡Mientras que la cosa no ha pasado de divertirte á expensas de ese soldado advenedizo á quien le han pegado una excelencia, vaya con Dios!... no había peligro de ello: casi era una distracción. Pero cuando ya los dos lo habéis tomado con seriedad, cuando un hombre de humilde extracción se atreve á toda una duquesa del Puerto, ¡oh, eso ya no se puede llevar en paciencia! En mi tiempo, la familia hubiera hecho que el rey le enviase á Filipinas, bajo partida de registro.

DUQUES. ¡Tía, por Dios, no diga usted eso! ¿Cómo echa usted de menos aquellos tiempos?

MARQ. ¿Cómo?... ¡Friolera!... En primer lugar, porque siempre una echa de menos los tiempos en que era joven; y luego porque esto de la ilustración, como ahora lo llaman, es una confusión de clases, que no nos entendemos. En diciendo: ¡Es un poeta famoso!... ¡Es un militar valiente!... Se acabó; ya hay que abrirle las puertas á cualquier Pedro Fernández, como ese señor general Bernal, que puede que se haya criado en pernetas, jugando al trompo en alguna plazuela.

DUQUES. ¿Y cómo quiere usted, tía, que nadie se acuerde de eso, tratándose de un hombre que se ha elevado por sus prendas eminentes?

MARQ. ¡Bah, bah!...

DUQUES. ¿Y si yo le dijese á usted que estoy tan ciega, que tengo tentaciones de atropellar por todo?

MARQ. ¿Cómo?.,. ¡Alguna locura!...

DUQUES. ¡Sí, señora!... Desesperada de no recibir contestación á ninguna carta, indignada de su indiferencia, estoy casi resuelta á hacer que vaya mi coche á la puerta de su casa, y se esté allí toda la mañana, para que corra la noticia y me comprometa sin remedio.

MARQ. ¡Ay! ¡En qué siglo vivimos!... Pero, sobrina, ¿no has reflexionado?...

DUQUES. Sí, tía; he reflexionado... ¡Y por eso no me atrevo á hacerlo!...

MARQ. ¡Gracias á Dios! ¡Jesús!... Mejor te pasaría que fueses efectivamente á su casa en un coche de alquiler, con las persianas echadas.

DUQUES. ¡Qué dice usted!...

MARQ. Así no habría escándalo; y en todo caso se podía negar.

DUQUES. ¡Pero si yo quiero que todo el mundo sepa que le amo!

MARQ. Entonces no hay caso; te has vuelto loca, y es imposible entenderse contigo.

DUQUES. ¡Me parece que sí!

MARQ. Pero en fin, eres mi sangre, y no puedo dejarte en las astas del toro. A ver, hija, á ver qué corte se puede dar á ésto. ¿Tú estás encaprichada por ese General?

DUQUES. ¡No hay para mí felicidad sin su amor!

MARQ. Pues, ¡qué remedio!... Cásate con él. Será una alianza desigual... Será un borrón en la familia .. Pero, ¿qué se ha de hacer?

DUQUES. Ya estaba yo en eso; pero el caso es que él ya no me ama.

MARQ. ¿Que no te ama?... ¡Pues no faltaba más!... Conque en vez de darse con un canto en los pechos... Díme: ¿Le has escrito á ese don Valentín?... ¿Qué le dices?

DUQUES. Que venga á verme; es quien más influjo tiene con el General.

MARQ. ¿Y tratarás de convencerle de la sinceridad de tus sentimientos?

DUQUES. ¡Oh! Si yo lograra ponerle de mi parte; si él quisiera persuadir á su amigo á que viniese á verme... ¡á que yo le viera un solo instante!...

MARQ. ¡Pero eso no está en el orden!... ¿Has de ser tú quien dé el primer paso?... ¿Sería eso decoroso?... No, no; yo me encargo de ello.

DUQUES. ¿Usted, tía?

MARQ. Sí, yo; ¡bastante me cuesta!... Pero tú lo echarías á perder... te irías por esos trigos... y quizá no lograrías lo que quieres. Yo recibiré á don Valentín.

DUQUES. ¡Ah! ¡Cuánto la debo á usted!...

MARQ. ¡No lo sabes bien!

LACAYO. El señor don Valentín Rompelanzas desea ver á S. E.

DUQUES. ¡Ahí está, tía!

MARQ. Pues vete á tu cuarto, y déjame á mí.

DUQUES. ¡Cuidado, por Dios, tía! ¡Trátele usted con mucha atención!... Reflexione usted que mi suerte, que mi vida está en manos de ese hombre!

MARQ. No tengas miedo; yo soy muy diplomática; vete, vete.

DUQUES. ¡En usted confío! (Se va por la izquierda.)

MARQ. ¡Bien, bien!—(Al Lacayo.) Que pase adelante. (Se va el Lacayo.) ¡La Marquesa de Estepona tratando de igual á igual con un don Valentín!... ¡A qué tiempos hemos llegado!

ESCENA IV

LA MARQUESA y DON VALENTÍN

LACAYO. (Anunciando.) El señor don Valentín Rompelanzas.

VALENT. (Saludando.) Obediente á la esquelita que ha tenido usted á bien escribirme, vengo... (Llegando y viendo á la Marquesa.) ¡Ah! Perdone usted, señora. (Retirándose.)

MARQ. No, no; acérquese usted, amigo.

VALENT. Es la señora Duquesa del Puerto quien me ha llamado...

MARQ. Y es la Marquesa de Estepona, Duquesa de Pozos-dulces, su tía, quien le recibe á usted.

VALENT. (Aparte.) ¡Marquesa y Duquesa!... ¡Esta es más en cuanto á títulos... pero en cuanto á facha!...

MARQ. Pues, amigo, tengo que hablarle á usted.

VALENT. Ya soy todo orejas, señora.

MARQ. ¿Creo que tiene usted un amigo á quien llaman Bernal, si no me equivoco?

VALENT. Sí, señora; así le llaman desde que nació.

MARQ. Pues sí; de él vamos á tratar.

VALENT. Bien; tratemos.

MARQ. Ha de saber usted que, por uno de esos caprichos de la suerte, mi sobrina tiene que pedirle á usted un favor.

VALENT. ¿A mí, señora?... ¿A mí, que soy su enemigo más encarnizado?

MARQ. ¡Qué es eso de enemigo!... ¿A mí me dice usted?...

VALENT. ¡Toma! Pues si se lo he dicho á ella.

MARQ. ¿Es posible?

VALENT. Pero debo confesar que no es á ella precisamente á quien tengo tirria, sino á todas las coquetas en general.

MARQ. ¿Cómo se atreve usted?...

VALENT. ¡Toma! Si supiera usted la aventura que me pasó con una de ellas, llamada Saturnina, no lo extrañaría usted.

MARQ. Yo no sé quién es Saturnina, ni me importan sus aventuras de usted. Pero me parece que, prescindiendo de la clase del nacimiento, basta ser mujer para imponer respeto.

VALENT. ¡Cierto! Y á mí me lo imponen todas... excepto las que son taimadas y coquetas, como Saturnina.

MARQ. ¡Dale con Saturnina! ¿Acabaremos de hablar de Saturnina? Alguna modista de Madrid...

VALENT. No, señora. ¡Una navarra de tomo y lomo! Y no era modista. ¡Ojalá lo hubiera sido! La echaba de señora; me dió una cita; tuve que escapar; y me rompí esta pierna.

MARQ. ¿Qué me importa á mí su pierna de usted?

VALENT. A mí me importa mucho; y si viera usted cuando cambia el tiempo...

MARQ. Basta, basta de pierna, y óigame usted. Mi sobrina, la Duquesa del Puerto, ha dado en la fla-

queza de honrar con su aprecio á un hombre que, á decir lo que siento, no lo merece.

VALENT. ¡Señora!

MARQ. ¡No me interrumpa! Usted sin duda ignora que uno de los ascendientes del duque del Puerto murió en la toma de Sevilla, al lado del Santo Rey don Fernando.

VALENT. Sí moriría; eso debe usted saberlo mejor que yo. Yo no estuve en esa batalla.

MARQ. ¡Es que yo tampoco!

VALENT. No, no digo yo que usted estuviera.

MARQ. ¡Me gusta la especie!

VALENT. Yo, donde he estado es en otros combates, donde el general Bernal se cubrió de gloria.

MARQ. ¡Buena gloria te dé Dios! ¡Ahora todo el mundo se cubre de gloria!

VALENT. Lo que es él, me parece que no habrá quien dude en España...

MARQ. Bien; no disputo su gloria.

VALENT. Y hace usted bien.

MARQ. Pero me confesará usted que no por eso está á menos distancia de mi sobrina.

VALENT. ¡No, señora; no la confesaré á usted tal!

MARQ. ¡Oiga, y no me interrumpa tanto!

VALENT. ¡Y usted también, hágame el favor de no ofender al general Bernal!

MARQ. ¡No faltaba más sino que la Marquesa de Estepona tuviese que guardar respeto á un General improvisado!

VALENT. ¿Y por qué no se lo ha de guardar, si vale más el dedo meñique de ese general que todas las duquesas y marquesas vejestorios que andan por Madrid?

MARQ. ¡Insolente!

VALENT. ¡Lo dicho!

MARQ. ¡Canalla...! ¡Sangrador!

VALENT. ¡Mucho que sí! (Sacando un estuche.) Y si usted se sofoca, aquí traigo las lancetas.

MARQ. ¡Asesino...!

ESCENA V

DICHOS y LA DUQUESA

DUQUES. ¡Dios mío! ¿Qué es esto...? ¿Qué ha sucedido?

MARQ. Lo que ha sucedido es que tires al instante de la campanilla.

DUQUES. ¿Para qué, tía?

MARQ. Para que vengan á echar á este hombre por un balcón.

VALENT. ¿Por un balcón? ¿Como hizo Saturnina? No, señora; con las que pasan de treinta, salgo yo siempre por la puerta.

DUQUES. (Con dulzura.) ¡Señor don Vaventín...!

VALENT. Y ese camino voy á tomar, ya que se me ha llamado para esto.

DUQUES. No; yo le suplico á usted que se aguarde.

MARQ. En ese caso, señora sobrina, me iré yo.

DUQUES. Pero, tía, si le he mandado llamar, y usted me ofreció...

MARQ. ¿Y quién se contiene con un deslenguado de esa calaña? ¡Adiós...! ¡Me voy...! ¡Consultaré con tu tío el conde de la Langosta, y vendré con él á predicarte! ¡Eres una loca...! ¡Te has metido entre gentuza, y no sacarás más que coces! (Váse gruñendo.) ¡Matasanos...!

ESCENA VI

LA DUQUESA y DON VALENTÍN

DUQUES. (Con afabilidad.) Esto no habrá sido nada. La pobre tía me quiere como á las niñas de sus ojos, y no debe usted extrañar que, á su edad, tenga ciertas rarezas, que deben ser disculpables para un sujeto de talento y de mundo.

VALENT. (Aparte.) ¡Hola! ¡Esto es otra cosa!

DUQUES. (Sentándose.) ¡Pero siéntese usted...! ¡Siéntese usted...!

VALENT. Estoy bien de pie, señora.

DUQUES. ¡No, no! Hágame usted ese favor; nuestra conversación pudiera prolongarse... tengo algunas cosas que decirle á usted...

VALENT. ¡Vaya, pues! Ya estoy escuchando. (Se sienta.)

DUQUES. No hace muchos días que tuvo usted la bondad de hacerme una visita.

VALENT. Es verdad.

DUQUES. Yo esperaba que no fuese la última...

VALENT. ¿Usted lo esperaba...? Pues no fué tan gustosa que...

DUQUES. (Con afabilidad.) Muchas veces disputa una... no está de acuerdo con alguna persona sobre tal ó cual punto... pero esto no quita que aprecie su buen fondo y desee volverle á ver.

VALENT. Sí; verdad es, señora... que... (Aparte.) ¿Qué diablos es esto?

DUQUES. Ya sé que ha estado usted fuera de Madrid...

VALENT. ¡Cómo! ¿Ha preguntado usted por mí?

DUQUES. ¡A la cuenta! Ya ve usted que entre los dos no median más relaciones que ser ambos amigos de... de...

VALENT. ¿Del general Bernal?

DUQUES. Justamente; y en estos días no le he visto.

VALENT. ¡Bravo! Me ha cumplido la palabra.

DUQUES. ¿Cómo?

VALENT. Teniendo que ir á caza unos días, le exigí palabra de no venir á ver á usted; pero como hasta aquí ha sido tan mandria en ese punto, no me fiaba mucho, y temía que diese otra vez al traste con el proyecto que he formado para su bienestar, y al cual ha dado él su aprobación.

DUQUES. ¡Ya!

VALENT. Ahora veo con gusto que lleva el plan adelante, y que se ha decidido á no molestarla más á usted con ese amor de que usted no ha podido participar.

DUQUES. ¿Quién le ha dicho á usted eso, señor don Valentín?

VALENT. ¡Toma! ¡Pues la cosa ha sido bien clara!

DUQUES. Usted me ha tenido á mí por insensible, y yo á usted por malo: ambos hemos podido equivocarnos.

VALENT. ¡Oh! En cuanto á lo primero...

DUQUES. Sí, sí, crea usted que nos hemos equivocado; porque usted, bajo ese exterior áspero y duro, oculta un corazón generoso...

VALENT. ¡Eso es segúu!

DUQUES. Y en cuanto á lo demás, ¿cree usted, señor don Valentín, que puede haber en el mundo una mujer capaz de estar tratando un año entero á su amigo de usted, sin apreciar sus bellas cualidades, sin mirar como la suprema felicidad el poseer su corazón?

VALENT. (Aparte.) ¡Calla!... ¡Esta mujer no es la misma!

DUQUES. ¡Usted ha sido muy severo, muy cruel con esa mujer!... y sin embargo, ella no le aborrece á usted, y sólo le pide un poco de indulgencia, en cambio de su amistad.

VALENT. (Aparte.) ¡Es mucha metamorfosis! ¡Señora Duquesa!... ¿Sabe usted que si uno no estuviera en guardia, era cosa de dejarse embaucar por esas palabras de miel? ¡Vaya! ¡Lo hace usted de modo que cualquiera diría que su corazón de usted es capaz de sentir una verdadera pasión!

DUQUES. ¿Y por qué dudarlo? ¿Por qué no ha de creer usted que mi alma es capaz de comprender la suya, y de perdonar un paso que en el fondo le honra á usted, por más que haya sido respecto á mí algo irregular y ofensivo?

VALENT. ¡Dice usted que me perdona!... ¿A mí?...

DUQUES. (Acercando la silla.) ¡A usted!... Y aun haré más.

VALENT. (Separando la suya.) ¿El qué?

DUQUES. Obligarle á usted á que me haga justicia, á que confiese que esta mujer á quien usted ha ofendido, no carece de sentimientos nobles y generosos.

VALENT. ¡Señora... efectivamente... yo... confieso que anduve algo crudo... y que para no guardarme rencor, necesita usted hacer un gran esfuerzo!

DUQUES. No tal: desde hoy seremos amigos: usted vendrá á verme... á menudo: me contará las campañas de su amigo; me hablará de la gloria que ha adquirido en los mil combates donde dió á conocer su talento y su valor... ¡También de usted hablaremos: de la fama que ha logrado en su difícil y honrosa profesión; porque ha de saber usted que no ignoro lo que vale usted como facultativo, señor don Valentín!

VALENT. ¡Pues señor, bien!... Tendré mucho gusto...

DUQUES. Ya verá usted cómo hay duquesas que son muy amables. ¡Cuántas veces sucede en el mundo formar juicios equivocados acerca de una persona, y rectificarlos la primera vez que se la habla! Yo, por ejemplo, había formado mala opinión de usted, y ahora me arrepiento.

VALENT. (Aparte.) ¡Es cosa increíble! ¡Hay en todas sus palabras una franqueza, una verdad!... ¿Tendrá efectivamente corazón esta mujer?

DUQUES. Conque, señor don Valentín... (Alargándole la mano.) ¿hacemos las paces?... ¿No me aborrece usted?

VALENT. ¡Aborrecerla á usted!... ¿Es eso posible?... (Aparte retirando la suya.) ¡Valentín, acuérdate de Saturnina!

DUQUES. (Acercando la suya.) Ya conoce usted que una mujer en mi posición debe tomarse tiempo para sondear bien al hombre que ha de unirse á ella por toda la vida; y que esta precaución es fácil que se tome á primera vista por frialdad ó por doblez.

VALENT. (Aparte.) ¡Pues tiene razón! Puede ser muy bien... y quizá yo me he precipitado...

DUQUES. Su amigo de usted lo ha creído así; y usted ha contribuído á que lo crea.

VALENT. Es verdad.

DUQUES. ¿Usted creyó que los triunfos logrados por mi vanidad eran todo para mí?

VALENT. ¿Y me he engañado, señora?

DUQUES. No creo que usted lo dude. Los hombres que tienen la penetración de usted, leen en los corazones; y usted ha leído ya en el mío.

VALENT. Señora... (Aparte.) ¡Como soy Valentín, que esta mujer me ha vuelto la chabeta! ¡Qué expresión!... ¡Qué dulzura!...

DUQUES. ¡Confiese usted que se ha portado mal!

VALENT. ¡Ay! ¡Señora!... ¡Y lo que temo es que no pueda ya enmendarlo!

DUQUES. ¿Cómo?

VALENT. Porque puede que á estas horas mi amigo Bernal se haya casado.

DUQUES. (Levantándose.) ¡Casado!

VALENT. (Levantándose.) Sí, señora; con Angelita Herrera... aquella niña... ¿Ya se acuerda usted? Aquella á quien usted le quitó el novio.

DUQUES. ¡Casado... con ella!...

VALENT. Es negocio que yo arreglé, y á mi marcha quedó resuelto: luego, mientras he estado fuera, no he cesado de escribir á Bernal apurándole para que lo llevase á cabo, á fin de sacarlo de una vez de las uñas de usted. El me respondió que descuidase; porque la felicidad de Angelita era ya su primer cuidado. Ahora me dice usted que no ha parecido por aquí; ¡de suerte que fijos son los toros!

DUQUES. ¡Dios mío! ¡Eso no es posible!... ¡No puede haberse casado!

VALENT. Yo no sé: como al llegar me he encontrado con su esquela de usted, he venido aquí antes de ir á verlo.

DUQUES. Pero él le hubiera avisado á usted el día que se casaba: le hubiera esperado á usted para la boda...

VALENT. Eso es probable; pero también lo otro es muy posible.

DUQUES. ¡Ay! ¡Don Valentín!...

VALENT. ¡Señora... usted se pone pálida... usted está mala!...

DUQUES. ¡Ah!...

VALENT. ¡Estamos frescos!—¿Conque la cosa iba de veras? ¿Por fin ha parado usted en amarle?... ¡El remedio que yo apliqué á muerte ó á vida ha producido su efecto!... ¡Pero qué demonio!... ¡Ha obrado tarde!

DUQUES. ¡Ah! ¡El no puede haber renunciado así á una dicha que ha sido su sueño un año entero!... ¡No puede haberse resuelto á emponzoñar la existencia de una mujer que ha querido tanto!

VALENT. ¿Y quién había de creer que emponzoñaba su existencia de usted?

DUQUES. ¡Pues ya lo ve usted!... ¡Ya ve usted si padezco... mi corazón se ha descubierto ya con usted!

VALENT. ¡Cáspita! ¡Es verdad! Conozco que anduve ligero... Vale usted más de lo que yo creí... y si fuera tiempo todavía...

DUQUES. ¡Sí, sí! No debe haberse casado!...

VALENT. Voy á verle... voy á hablarle... yo le diré...

DUQUES. (Con ternura.) ¿Qué le dirá usted?

VALENT. ¡Toma!... ¡Le diré... le diré que se ha vuelto usted otra!... ¡Que no la conozco... que me ha trastornado usted los sentidos... que es usted una mujer adorable!... ¡Me tratará de veleta... pero no importa! Y si fuese tarde... si ya no tiene remedio... entonces, señora... para enmendar la falta que he cometido con usted...

DUQUES. ¿Qué?...

VALENT. ¿Qué?... ¡Me casaré yo con usted!

DUQUES. ¿Usted, don Valentín?

VALENT. ¡Andándico!... ¡Yo soy capaz de cualquier cosa... usted me ha levantado de cascos!

DUQUES. Pero reflexione usted...

VALENT. ¡Ah, tiene usted razón! ¡No soy yo el que usted ama!... ¡Vamos... no sé lo que me digo!—Voy á buscarlo... voy á procurar... Diga usted: y si la cosa se compone y le traigo, ¿se volverá usted á burlar de él?

DUQUES. ¡Ah! ¡Qué dice usted!...

VALENT. No, es que conviene tomar precauciones. Yo estoy aquí fiándome de sus palabras de usted, y casi enternecido... ¡Y puede que haga mal!

DUQUES. (Afligida.) ¡Por Dios, don Valentín!...

VALENT. ¡Vamos, nó!... La creo á usted.

DUQUES. ¡Vaya usted pronto!

VALENT. Voy volando.—(Aparte yéndose.) El demonio son las mujeres... ¡Qué modo de volverlo á uno tonto!

ESCENA VII

LA DUQUESA

DUQUES. ¡Oh! ¡Aún será tiempo! ¡No puedo resignarme á creerlo! ¿Cómo me ha de haber olvidado tan pronto?...—Él no amaba á esa niña... ni ella puede hacerlo feliz. Quizá el despecho... la venganza le habrán hecho consentir, pero mi imagen se habrá interpuesto y le habrá detenido. Su amigo le va á hablar... Sin duda le traerá.—¡Ah! ¡Cuánto he padecido!... Pero si viene, si logro que me escuche un momento, yo sabré triunfar de su indiferencia. Si el mismo don Valentín, que no me podía ver, se ha dejado ablandar por mis palabras, ¡qué será él, que me amaba tanto! (Mirándose á un espejo.) ¡Qué descolorida estoy!... ¿Qué mal peinada!... No quiero recibirle con este vestido, que no me sienta bien. ¡Ah! ¡La coquetería esta vez es disculpable, porque tiene por objeto el verdadero amor! (Llama á la campanilla. Sale la doncella.)

DONC. ¿Qué manda V. E.?

DUQUES. Sácame un traje; quiero vestirme.

DONC. ¿Daré orden de que V. E. no recibe?—He oído parar un coche. (Yendo al balcón.) Es el del señor General. ¿Le recibe V. E.?

DUQUES. ¡Sí, sí!... Vete. (Váse la Doncella.) ¡Enrique!... Aún no puede haber visto á su amigo... ¡Luego viene

por su propia voluntad!... ¡Ah! ¡Bien decía yo que no podía haberse casado!—(Componiéndose.) Ea, serenidad, para no decir más que lo que convenga.

LACAYO. (Anunciando.) El señor general Bernal.

ESCENA VIII

EL GENERAL y LA DUQUESA

GENER. (Saludando.) Duquesa, estoy á los pies de usted.

DUQUES. (Aparte, después de saludarle.) ¡Ah! ¡Qué frialdad!—Su amigo de usted acaba de salir de aquí; ¿le ha encontrado usted?

GENER. No, señora; ni aun sabía que estuviese de vuelta.

DUQUES. (Aparte). ¡Ah!

GENER. Usted habrá extrañado que no haya venido en tantos días, á pesar de la carta en que tenía usted la bondad de llamarme.

DUQUES. ¡Muchos días han sido!

GENER. Usted me perdonará esta aparente grosería; pero he aguardado para ver á usted que llegase el día en que debo marchar para siempre...

DUQUES. ¿Marchar para siempre?... ¡Oh! ¡Eso es imposible!...

GENER. Dentro de dos horas partiré; pero hubiera sido una falta no venir á despedirme de usted.—Duquesa, ¿tiene usted algo que mandarme?

DUQUES. (Aparte.) ¿Será esto cierto?

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA ISABEL

ISABEL. ¡Hermana! ¡Hermana!... ¡Qué noticia traigo!...—¡Ah! ¡El General aquí!... ¿Vendrá sin duda á darte parte de su casamiento?

DUQUES. ¡Su casamiento!

ISABEL. Mira, mira lo que me ha escrito Angelita. Esta

carta me la envió hace ocho días; y como yo he estado en casa de mi tía, no la he visto hasta ahora.

DUQUES. (Aparte, recorriendo la carta.) «Mi padre se ha empeñado... Este casamiento es cosa arreglada por don Valentín... Me caso con el general Bernal... La boda será el 17...»—¡Fué ayer!... «Y el 18 nos vamos á Valladolid.»—¡Es hoy!... ¡Ah! ¡Se ha casado!... (Trémula y turbada, busca una silla y se deja caer en ella.)

LACAYO. (Anunciando.) La señora Marquesa de Estepona.

ESCENA X

DICHOS, LA MARQUESA y luego DON VALENTÍN

MARQ. ¡A ver si estorbamos que haga una locura!

ISABEL. (Aparte.) ¡Cómo se ha quedado mi hermana!... Y el General también, ¡qué turbado!

LACAYO. (Anunciando.) El señor don Valentín Rompelanzas.

MARQ. ¡Este nos faltaba! ¿Vendrá á hablarnos de Saturnina y de la pierna rota?

VALENT. Señoras... saludo á ustedes. Ya sabía yo que te encontraría aquí, y vengo...

GENER. (Aparte.) ¡Calla!

DUQUES. (Aparte, con la carta en la mano, y sin haber notado que ha entrado gente.) ¡Va á partir!... ¡Se ha casado!...

GENER. (Acercándose á ella.) Permítame usted que le explique...

DUQUES. (Levantándose.) ¡Nada, nada! ¡La explicación completa de todo está en mi conducta insensata!

MARQ. Sobrina, ¿qué tienes?... ¡Estás desencajada!

DUQUES. ¿Qué he de tener?... ¡Que he sido la más loca de las mujeres! ¡Me he dejado alucinar de ideas frívolas, he hecho callar la verdad á mi corazón, he disimulado un sentimiento tierno que era mi existencia, he arrojado lejos de mí una felicidad que era mi vida!

GENER. (Aparte.) ¡Gran Dios! ¡Será posible!
MARQ. ¡Sobrina!... ¡Sobrina!... ¡Mira que te oyen!
DUQUES. ¡Y qué me importa ya! No es tiempo de fingir. ¡He vuelto en mí cuando ya no hay remedio! ¡Mi alma se ha cansado de mentir, y se presenta desnuda á los ojos del mundo! ¡Ay, tía! ¡Qué pequeños, qué miserables son todos esos ardides de sociedad ante un amor grande y verdadero! ¡Ah! ¡Renuncio á esos fútiles triunfos, á esos placeres mentidos de la vanidad, á ese mundo que me ha engañado! ¡No hay en él de cierto más que el amor... y lo he sacrificado! ¡Yo debí consagrarle á un hombre mi vida, yo había nacido para hacerle feliz... y otra ha de ser quien lo logre! ¡La culpa es mía, sí mía! ¡Y no me resta más que la soledad... una eterna soledad, donde viviré sin más compañía que mi amor!... ¡Sí, quiero confesarlo públicamente!... ¡Mi amor, mi amor... yo amo á ese hombre... y él está ya casado!
MARQ. ¡Hola... pues ya no hay que temer!
VALENT. Es que...
GENER. (Aparte.) ¡Calla! Es verdad, ¡he elegido una compañera, cuyo talento, cuyas virtudes han bastado á inspirarme el más violento amor! Y para colmo de felicidad, su alma, tan tierna, tan apasionada como la mía, participa de una pasión que nada podrá ya en el mundo disminuir ni apagar. (Echándose á los pies de la duquesa.) ¿No es cierto?
DUQUES. ¡Ah! ¡Qué veo!
GENER. ¡Clara!... ¡Aún puedo ser de usted!
DUQUES. (Echándose en sus brazos.) ¡Ah! ¡Enrique!
GENER. ¿Eres mía?
DUQUES. ¡Para siempre!
VALENT. (A la Marquesa.) ¿Lo ve usted? ¡Soy un gran médico!
ISABEL. Pero ¿y Angelita?
VALENT. Ahora salimos con que se casa, pero con su antiguo novio, con don Fernando, que ha cantado la

palinodia; este perillán hizo ese negocio durante mi ausencia y me ocultó su plan. (Aparte.) ¡Es lástima! ¡Yo me hubiera casado con esta mujer de buena gana!

MARQ. Aquí no hay nada que hacer. ¡Cómo há de ser!... Haremos que le den un título de Marqués.

VALENT. (Al General y á la Duquesa.) Aunque ya no ejerzo la facultad, con todo, para los amigos, siempre estoy pronto; conque cuando llegue el caso...

GENER. ¡Valentín!

VALENT. ¡Está entendido! ¡Todos quedamos contentos!... ¿Todos? ¡Qué se yo!... Eso... (Saludando al público.) ahora lo sabremos.

FIN DE LA COMEDIA

PUNTOS DE VENTA

En Madrid, librerías de los Sres. Hijos de D. José Cuesta, D. Antonio San Martín, D. Fernando Fe; y en Provincias, en las principales.

Los pedidos por mayor á casa del Editor, Plaza de la Independencia, 9, primero.

Madrid.—Estab. tipográfico de los Sucesores de Cuesta, Cava-alta, 5